



**Universitat Autònoma
de Barcelona**

**LA ARISTOCRACIA DE PIEL:
ANÁLISIS DE LA REVOLUCIÓN HAITIANA DE 1791 Y
SUS EFECTOS SOBRE EL SISTEMA ESCLAVISTA**

TRABAJO DE FIN DE GRADO DE DERECHO

AUTOR: JULIO MUR CASADO

TUTOR: SEBASTIÀ SOLÉ I COT

FECHA: 14 DE MAYO, 2018

RESUMEN

Pocos sucesos históricos han sido tan trascendentales para la sociedad moderna como la Revolución Haitiana de 1791, en la que los esclavos de la colonia francesa de Saint Domingue se rebelaron contra la élite blanca esclavista de la isla. Esta revolución consiste en la primera revuelta esclava a gran escala de América Latina, y en la primera revolución esclava exitosa de la historia. No sólo se logró la abolición de la esclavitud, sino que se alcanzó la independencia de Francia, y la fundación de la nueva República de Haití. A pesar de ser ignorada a favor de la Francesa de 1789, la Revolución de Haití fue posiblemente más importante para la creación de la sociedad y el sistema jurídico de hoy en día. Sembró terror en los esclavistas de todo el mundo occidental e influyó de manera innegable en la instauración internacional de la abolición de la esclavitud y la percepción de qué constituye, exactamente, un sujeto jurídico.

ABSTRACT

Few historical events have been as crucial for modern society as the Haitian Revolution of 1791, in which the slaves of the French colony of Saint Domingue rebelled against the white slavers of the island. This revolution was the first large-scale slave revolt of Latin America, and the first successful slave revolt in history. Not only did the Haitian Revolution eventually lead to the abolition slavery, but it also paved the way towards the foundation of the new Republic of Haiti, independent from France. In spite of being ignored in favor of the French Revolution of 1789, the Haitian Revolution was arguably more important to the creation of today's society and legal system. It struck fear in the heart of slavers across the West, and it had an undeniable influence on the international abolishment of slavery and the perception of what, exactly, constitutes a legal person.

ÍNDICE

| | |
|--------------------------------------------------------------------|-----------|
| INTRODUCCIÓN | 3 |
| 1. EL CONTEXTO HISTÓRICO | 8 |
| 1.1 — La revolución interna | 17 |
| 1.2 — El conflicto internacional | 24 |
| 1.3 — La victoria y la libertad | 35 |
| 2. CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCIÓN..... | 46 |
| 2.1 — El constitucionalismo estadounidense..... | 48 |
| 2.2 — La Revolución Francesa y los derechos humanos..... | 57 |
| 2.3 — Venezuela, Nueva Granada, Latinoamérica y Simón Bolívar..... | 64 |
| 3. CONCLUSIÓN..... | 72 |
| 4. GLOSARIO | 79 |
| 5. BIBLIOGRAFÍA..... | 80 |

INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia, es frecuente encontrar la práctica de la trata de personas como base de toda la estructura social de una civilización. Múltiples imperios —Roma, Grecia, Egipto— basan sus marcos legal y económico en la existencia y el uso constante y generoso de esclavos; seres humanos entendidos como objetos, como propiedad. El esclavo no tiene personalidad jurídica, no tiene voluntad, ni voz ni voto. La situación y los derechos conferidos a cada esclavo varían según el lugar y la época, pero la condición general y las consecuencias de la esclavitud son constantes.

La existencia de esclavos en una sociedad indica un sistema de castas. Éstas pueden estar basadas en raza, en religión, en condición social, en riqueza, o en cualquier otra característica que permita diferenciar a múltiples sectores de la sociedad de manera sencilla. Al despersonalizar poblaciones enteras se logra una exclusión del “otro” y una proclamación —tanto legal como filosófica— de la superioridad de un sector sobre todos los demás.

Un ejemplo claro de este suceso, central para el siguiente trabajo, fue la común trata de personas en el continente americano tras su colonización. El sistema esclavista aportaba mano de obra barata, traía riquezas a los dueños de grandes plantaciones y maximizaba beneficios a costa de las condiciones de vida —y en muchas ocasiones, de la vida misma— de la población esclava. La base de este sistema y el origen de esta supuesta superioridad no era sino el color de la piel.

Sin embargo, a partir de finales del siglo XVIII y a comienzos del siglo XIX, empieza a suceder un cambio a nivel cultural. El movimiento abolicionista cobra fuerza, los esclavos comienzan a exigir derechos y un trato digno, hombres libres empiezan a manifestarse en contra de esta clara injusticia social.

Finalmente, la abolición de la esclavitud es una realidad: hoy en día, la trata de personas

es uno de los crímenes más perseguidos a nivel global. No hay ningún Estado de Derecho que no la criminalice —mucho menos que la proteja— y múltiples tratados y organizaciones internacionales la persiguen de manera activa. El Estatuto de Roma de 1998 la califica como crimen de lesa humanidad. La Carta de los Derechos Humanos identifica la libertad incondicional del individuo como derecho inviolable bajo ninguna circunstancia. La Organización de las Naciones Unidas ha realizado múltiples esfuerzos para acabar, o al menos reprimir, esta práctica.

¿Cuál es el origen de este cambio tan radical? El triunfo del movimiento abolicionista es algo más que un triunfo de la justicia social. Implica una evolución de la visión de la humanidad sobre sí misma, una clara transformación de sistemas económico, político, ético y jurídico. De un sistema de castas se pasa a la aceptación de la igualdad de todo individuo por el simple hecho de nacer humano. Pocas ideas han resultado tan fundamentales, o tan influyentes, para el desarrollo del Derecho moderno.

Dos sucesos suelen señalarse como fundamentales en este desarrollo ideológico:

- 1º) Las redacciones de la Declaración de Independencia y Constitución de los Estados Unidos, en 1776 y 1787, y sus históricas primeras palabras: *Nosotros el Pueblo (We the People)*. Se afirma la supremacía del pueblo y la idea de que es el Estado quien sirve a la población, y no al revés. Se elimina la concepción del “otro” como un extraño, y se crea la idea del total de ciudadanos como un todo, de la identidad de un país como el conjunto de personas que habitan en él.
- 2º) La Revolución Francesa de 1789, que da nacimiento al que después sería el lema de las Repúblicas Francesa y de Haití: Libertad, Fraternidad, Igualdad (*Liberté, égalité, fraternité*). Perfecciona el concepto de la soberanía popular iniciado por la Constitución de los Estados Unidos, y desafía la idea de la aristocracia, de la casta superior a las demás por razones de riqueza, nacimiento o posición social.

Juntos, ambos sucesos efectivamente establecen parte del origen de la idea de la igualdad entre todos los individuos por el simple hecho de nacer humanos. Sin embargo, suele ignorarse un hecho indiscutible: ambos, tanto Francia como Estados Unidos, evitaron la aplicación total de estos principios de los que tanto alardeaban. Ambos mantuvieron el uso de esclavos en sus regímenes.

La Constitución de los Estados Unidos en ningún momento hace referencia a los esclavos por miedo a agraviar a los Estados sureños, que dependían de las plantaciones de algodón. El Nuevo Régimen francés establece la igualdad de todos los ciudadanos, salvo aquéllos situados en las colonias, para mantener las riquezas del comercio colonial y aplacar a los grandes propietarios y esclavistas.

Hasta la Revolución de Haití de 1791, el concepto de la igualdad entre las personas no es llevado hasta su conclusión lógica. Sólo aquí se desafía la figura del esclavo y la clara contradicción entre su existencia y la filosofía del Nuevo Mundo. Sólo aquí se reconoce la irracionalidad del discurso racista, del sistema de castas, de la figura del “otro” y de la objetivización de la persona. En 1794, Camboulas se dirigía a la Convención Nacional Francesa, introduciendo a los dos diputados (de raza negra y mulato, respectivamente) que representaban a los ciudadanos libres de la colonia de Saint Domingue:

“Desde 1789 han sido destruidas la aristocracia de nacimiento y la aristocracia de religión; pero la aristocracia de piel se mantiene. También ésta se halla en su último estertor, y la igualdad ha sido consagrada[...]”¹.

La influencia de la Revolución Haitiana fue innegable, no sólo para Francia, sino para el mundo entero. Fue la primera revuelta de esclavos de toda Latino América, y la primera revuelta de esclavos exitosa de la historia moderna. Con el tiempo, los esclavos

¹ JAMES, C.R.L.; WALVIN, James (intr.); GARCÍA, Ramón (trad.). *Los Jacobinos Negros: Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití*. Madrid: Turner Publicaciones, S.L., 2003, p. 139

no sólo lograrían la abolición, sino que tomarían el mando de la isla y alcanzarían, finalmente, la independencia de Francia y el nacimiento de la nación de Haití.

Sin embargo, este suceso no suele colocarse a la par con la Revolución Francesa y la redacción de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos a la hora de señalar los momentos cruciales del siglo XIX. El avance cultural fue demasiado rápido para la época; el mundo no quería estar preparado para aceptar la idea de que todos los seres humanos son efectivamente iguales sin excusa alguna.

Como resultado, Haití se convirtió en un paria internacional. Varios Estados se negaron a reconocer su soberanía durante mucho tiempo, pues hacerlo implicaría una paradoja con sus propios sistemas esclavistas (principalmente Estados Unidos). Al mismo tiempo, se cortaron comunicaciones con la isla, y en muchos lugares se endurecieron las medidas de seguridad y disciplina para los esclavos de las plantaciones, para así evitar “otro Saint Domingue”.

Sin embargo, una vez dado el paso, no se podía volver atrás. Por mucho que se intentara, no podía evitarse que la influencia de Haití afectara a toda Latinoamérica, aunque fuera de manera indirecta. El caso de su revolución fue demasiado importante, demasiado revelador, como para poder ser ignorada. Su éxito nunca fue imitado a la perfección (ninguna otra revuelta de esclavos logró triunfar con una revuelta como la de Saint Domingue) pero fue siempre una sombra bajo la que actuaron todos los Estados, hasta el fin de la esclavitud sistémica oficial a finales del siglo XIX.

En el siguiente trabajo, se procederá a discutir hasta qué extremo llegó a afectar esta influencia a la historia moderna —y, más concretamente, al Derecho moderno— en todo lo relativo a la idea de la igualdad, a la abolición de la esclavitud, y a la percepción sobre la figura del individuo.

La primera parte consistirá en un resumen de los acontecimientos ocurridos en Saint

Domingue hasta el año 1805, en el que se logró el fin de la esclavitud y Toussaint L'Ouverture, principal figura de la Revolución Haitiana, alcanzó la victoria. El conflicto napoleónico que siguió a estos sucesos no será visto en detalle.

La segunda parte consistirá en un estudio general de las influencias que la Revolución Haitiana y sus ideales y premisas tuvieron sobre las dos principales fuentes de constitucionalismo de la época —Francia y Estados Unidos— comparando el impacto que tuvieron sobre la evolución de los derechos humanos en contraste con Haití. También se dedicará un apartado al comentario sobre los efectos de la Revolución Haitiana en toda Latinoamérica, especialmente en lo referente a su independencia de España en el Siglo XVIII.

1. EL CONTEXTO HISTÓRICO

“Somos negros, pero decidnos caballeros...”

—Toussaint L'Ouverture, Biassou y Jean-Françoise.

Para llegar a comprender el extremo del impacto de la Revolución Haitiana y la increíble evolución que propició a nivel internacional, es necesario primero entender cuáles eran las condiciones de vida de los esclavos antes de 1791, y qué fue exactamente lo que ocurrió.

El origen de los esclavos africanos en Haití se remonta al descubrimiento del Nuevo Mundo por parte de Cristóbal Colón. La isla de la Española fue anexionada por los españoles, que asumieron la protección de los nativos. En palabras de C.R.L. James:

“Introdujeron el cristianismo, el trabajo forzado en las minas, el crimen, la violación, los perros asesinos, las enfermedades desconocidas y la hambruna planificada (mediante la destrucción de los cultivos para que los rebeldes muriesen de hambre). Estos y otros requisitos de la civilización superior redujeron la población nativa de entre medio a un millón de habitantes a 60.000 en 15 años.”²

La población nativa de la Española se vio menguada hasta tal punto que su esclavitud dejó de ser factible. Un sacerdote de la orden de los dominicos, Las Casas, defendió la abolición de la esclavitud nativa y propuso —para evitar la total destrucción de la población original de la colonia en tan sólo una generación— la exportación de esclavos negros de África. En 1517, esta proposición fue aceptada. Carlos V autorizó el movimiento forzoso de 15.000 esclavos a la isla, y así comenzó el comercio de esclavos africanos, y el sistema esclavista que tanto dolor iba a traer de ahora en adelante.

² *Ibídem*, p. 21.

En 1697, España otorgó a Francia la parte occidental de la Española, que comenzó a cultivar café, azúcar, índigo y algodón. Hacia el año 1789, Saint Domingue (nombre de la colonia francesa) se convirtió en el núcleo de dos terceras partes del comercio exterior de Francia, integrante de la vida económica de la época y orgullo de la corona.³

Sin embargo, el cultivo requería trabajar bajo unas condiciones francamente inhumanas; el uso de esclavos era entonces extremadamente popular. En ese mismo año 1789, la población de la colonia de Saint Domingue superaba el medio millón de personas, de los cuales 40.000 eran blancos en distintos estratos sociales, 28.000 eran mulatos (de descendencia mixta) y negros libres, y 452.000 eran esclavos negros.⁴

El trabajo de los esclavos comenzaba al amanecer. Se pausaba a las ocho para desayunar y se descansaba al mediodía para comer; después, se reincorporaban a las dos, y continuaban hasta el anochecer. El *Code Noir* (Código Negro) de Luis XIV, la ley francesa que regulaba el trato y el comercio de esclavos, decretaba la cantidad de comida que debía servírseles a la semana —aproximadamente lo que comería un hombre sano en tres días.⁵

El resultado de este régimen era una disminución de la población esclava de entre un dos y un cinco por ciento anuales⁶. La extenuación, la hambruna y la ferocidad de los castigos ante la más mínima afrenta o error eran demasiado extremos para permitir la supervivencia de la gran mayoría de esclavos, y la importación de más humanos desde África era cada vez más necesaria. Saint Domingue era la salida comercial más

³ *Ibíd.*, p. 17.

⁴ BONHAM, C. Richardson (1992). *The Caribbean in the Wider World, 1492–1992 A Regional Geography*. Cambridge: Cambridge University Press, p. 166.

⁵ JAMES, *op.cit.*, pp. 26-27.

⁶ MATTHEWSON, Tim. *A Pro-Slavery Foreign Policy: Haitian-American Relations During the Early Republic*. Westport, Connecticut y Londres: Praeger, 2003, p. 3.

importante para el tráfico de esclavos europeo.⁷

La revolución de 1791 no fue la única, tan sólo fue la más importante. La existencia de los *cimarrones* (“*marrons*”) es tan vieja como la misma esclavitud: africanos que, tras ser traídos a las colonias a la fuerza, no aceptaban su condición de simple propiedad y huían. En Saint Domingue esto solía ocurrir justo después de llegar a la isla—pero la falta de conocimientos sobre la geografía de la isla y de aliados que les ayudaran a esconderse de sus persecutores hacían que la recaptura de los cimarrones fuera frecuente⁸.

Sin embargo, algunos prosperaron y formaron comunidades. En 1720, mil esclavos huyeron a las montañas; hacia 1751, su número era al menos de 3000⁹. La figura de Françoise Mackandal destaca entre la de los cimarrones: fue el primer gran líder de los esclavos, proponiendo ideas como la unión de todos los negros de la isla y la expulsión de los blancos.¹⁰

Su rebelión no triunfó —Mackandal fue apresado por los franceses y quemado en la hoguera en Le Cap, en 1758¹¹— pero fue la primera y única revolución organizada en los cien años anteriores a la Revolución Francesa¹². La dialéctica racista de la época defendía el “orden natural” del sistema esclavista, ignorando la realidad que se mostraba ante sus ojos: los esclavos ansiaban la libertad, al igual que cualquier otra persona. No era ni parte de su naturaleza ni parte de sus instintos el trabajar como

⁷ JAMES, op.cit., p. 17.

⁸ DUBOIS, Laurent. *Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution*. Londres y Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press, 2004, p. 52.

⁹ JAMES, C.R.L; op.cit., p. 35.

¹⁰ Ídem.

¹¹ ROGOZINSKI, Jan. *A Brief History of the Caribbean: from the Arawak and the Carib to the Present (Revised ed.)*. New York: Facts on File, pp. 85, 116–117, 164–165.

¹² JAMES, op.cit., p. 36.

animales de sol a sol para el beneficio del hombre blanco. La idea de la igualdad ya se filtraba en estos pequeños actos de rebelión.

Si bien esta idea no adquiriría peso hasta la revolución de 1791, no dejó de ser percibida por algunos. En 1788 se funda en Francia desde las clases altas una sociedad antiesclavista, *los Amigos de los Negros (Amis des Noirs)*. Ocho años antes, un sacerdote, el abate Raynal, exponía en su famoso *Philosophical and Political History of the Establishments and Commerce of the Europeans in the Two Indies*¹³:

“La libertad natural es el derecho que ha otorgado la naturaleza a cada uno de nosotros para disponer de sí mismo conforme a su voluntad. [...] El esclavo, un instrumento en manos de la maldad, se considera inferior al perro que el español azuzó contra el americano. [...] Estas son verdades memorables y eternas: el fundamento de toda moralidad, la base de todo gobierno; ¿se protestará contra ellas? ¡Sí! [...]”

Este libro incluía otro famoso pasaje, comentando que tan sólo hacía falta “un jefe valiente” de los esclavos que reuniría a todos los oprimidos por el régimen esclavista y traería la revolución. Este pasaje se mostraría profético en el futuro. Es a menudo citado como una de las grandes influencias del que después se haría llamar Toussaint L’Ouverture¹⁴, figura trascendental en la Revolución Haitiana, y probablemente uno de los personajes históricos que más ha influido en la historia moderna, de la talla de gigantes como Napoleón Bonaparte o Simón Bolívar.

El régimen de la época no sólo castigaba a los esclavos. La población negra de Saint Domingue era, obviamente, la más afectada por esta opresión sistémica—pero la sociedad de la colonia era compleja, formada por varios estatutos sociales de diverso poder e influencia política.

¹³ *Ibíd.*, p. 39.

¹⁴ *Ídem.*

Los “grandes blancos” (*grand blancs*), también conocidos como los “blancos blancos” (*blanc blancs*) eran aquéllos que poseían fortunas, tierras, o negocios prósperos de cualquier tipo. Solían ser comerciantes, agentes de la burguesía marítima o plantadores. En muchas ocasiones, los administradores y capataces de las plantaciones, si bien no dueños directos de la plantación, se encontraban subordinados al mismo—y por tanto entraban en la misma categoría. Por el contrario, los “pequeños blancos” (*petit blancs*) eran artesanos, tenderos, funcionarios, cualquier persona que no alcanzara el estatus del gran blanco sin llegar a ser esclavo.

Existía una gran diferencia entre ambos estratos. Los burócratas eran todos *grand blancs*; los vagabundos, escapados de la justicia, y hombres en general de poco poder eran todos pequeños. El origen de estos términos—así como el más despectivo uso de “ovejas francesas” (*moutons France*) para referirse a los blancos recién llegados de Francia, a menudo capataces o administradores —se remonta a los mismos esclavos negros; tal era su número y su práctica omnipresencia en la isla que su vocabulario acabó por verse adoptado por todos¹⁵.

La brecha social entre estos dos grupos —grandes y pequeños blancos— acabaría por ser una de las múltiples razones por las que la Revolución de 1791 triunfaría.

Un tercer grupo de blancos existía, minoritario: la burocracia, el gobernador y el intendente. Los funcionarios invocaban el poder de Francia, pero miles de kilómetros de océano los separaban de la fuente de su autoridad. Para intentar equilibrar el poder de los plantadores, tendían a aliarse con los pequeños blancos —y eran, a cambio, odiados por los *grand blancs*¹⁶.

Existía una última clase de personas libres en Saint Domingue: los mulatos libres y los

¹⁵ DUBOIS, op.cit., p. 35.

¹⁶ JAMES, op.cit., p. 47.

negros libres. El Código Negro de 1685 autorizaba el matrimonio entre el blanco y la esclava que le hubiese dado hijos; esta ceremonia la liberaba tanto a ella como a todos sus hijos. Muchos mulatos fueron libres (más por necesidad de equilibrar de alguna manera las poblaciones libre y esclava, un esfuerzo fútil pero no por ello abandonado), otros fueron vendidos por sus propios padres. El racismo de Saint Domingue no aceptaba totalmente a nadie que no fuera de raza completamente blanca.

Por último, la absoluta minoría: los esclavos huidos o manumisos, aquéllos que habían logrado la libertad¹⁷. El Código Negro estipulaba que dueños de esclavos mayores de veinte años podían manumitir a sus esclavos sin requerir razón alguna. Asimismo, cualquier esclavo que lograra ahorrar la cantidad suficiente de dinero podía comprar su propia libertad¹⁸. La manumisión era equivalente al nacimiento en cualquier isla francesa; esclavos manumitidos no requerían cartas de naturalización y poseían los mismos derechos, privilegios y libertades de cualquier persona nacida libre.

Sin embargo, el art. 58 del *Code Noir* declaraba de manera explícita que los libertos debían mantener “un respeto particular” para sus antiguos amos, así como las viudas y los hijos de éste, y que cualquier insulto o afrenta a éstos sería castigada con especial severidad. Determinados crímenes podían llegar a ser penados con un retorno a la esclavitud.

Pero esta igualdad legal no se mantuvo durante mucho tiempo. A lo largo de los años, las leyes de las colonias afianzaron cada vez más el racismo de Saint Domingue en una base legal. Basándose únicamente en argumentos relativos al color de la piel, en el año 1779, los negros libres no podían practicar la medicina, la cirugía o la farmacia, no podían ser notarios o trabajar en cualquier profesión jurídica, no podían tomar los nombres de sus amos o parientes blancos (para no dañar su reputación), imitar la

¹⁷ DUBOIS, op.cit., p. 62.

¹⁸ *Ibidem*, p. 61.

vestimenta o los peinados de los blancos e incluso, en algunos regímenes locales, montar en carruajes¹⁹.

La sociedad de Saint Domingue, en otras palabras, estaba basada en ideas de desigualdad y de castas. El concepto del “otro” despersonalizado se veía reflejado en las figuras del esclavo y del negro y mulato libre, considerados como simple propiedad o extraños que no podían participar en la vida social de forma plena. Las ideas de la superioridad de un sector sobre los demás existían en los grupos de *grand blancs*, *petit blancs* y burócratas. Esta filosofía no sólo reflejaba la cultura de la colonia, sino que era afianzada por la ley.

Y es en este clima cuando, en 1789, la Revolución Francesa ocurre al otro lado del mar. Los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad fueron adoptados como el lema oficial del Estado. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, escrita por la Asamblea Nacional Constituyente francesa, dictaba:

“Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales sólo pueden fundarse en la utilidad común.”

Esta idea parecía diametralmente opuesta a un sistema esclavista como el de Saint Domingue; efectivamente, no faltaron voces en la Francia de 1789 que defendieron la abolición.

Sin embargo, el mensaje no llegó a puerto. La avaricia de la burguesía y de los colonos era demasiado poderosa, y los beneficios de Saint Domingue, demasiado importantes para ser ignorados. En Marzo de 1790, la Asamblea Nacional aprobó la formación de un Comité Colonial especializado, formado por trece personas —de las cuales ninguna

¹⁹ *Ibidem*, p. 62.

era abolicionista, y cuatro poseían propiedades en Saint Domingue²⁰.

Este Comité fue, ante todo, eficiente. La aparente imposible paradoja —todos los hombres son libres e iguales, excepto los esclavos, que son sólo propiedad— fue resuelta de manera sencilla: lo único que había que hacer era ignorar esta idea de igualdad. Así, en tan sólo unos pocos días, este Comité proponía una nueva ley de gobierno colonial que indicaba que la Constitución Francesa (así como la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano) no se aplicaría a las colonias. En su lugar, cada colonia debía celebrar su propia asamblea en la que se redactarían las nuevas leyes internas del territorio²¹. Quedaba así Saint Domingue protegida de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Los intereses de la burguesía eran claros, y pasaban por una continuidad del régimen esclavista.

Sin embargo, la Revolución Francesa acabó por influenciar la Haitiana, aunque de forma indirecta. Los ideales que, al menos nominalmente, se defendían al otro lado del océano (igualdad de todos los hombres, el fin de la democracia) hacían mella en la sociedad haitiana. Los colonos hablaban de la libertad y de la igualdad ante sus esclavos a menudo, incapaces de contener sus pasiones políticas. En marzo de 1791, soldados franceses desembarcaban en Puerto Príncipe y abrazaban a todo mulato o negro a su vista, anunciando que la Asamblea Nacional había declarado a todos los hombres libres e iguales. Grupos de esclavos salían a la calle y se rebelaban, en ocasiones precisando respuestas violentas por parte de los colonos para controlarlos²².

Mención especial merece la lucha de los mulatos. Eran hombres libres, claramente diferenciados de los esclavos en su estatus social, pero no tenían tantos derechos como los ciudadanos blancos, ni su posición en el sistema de castas de la isla. Muchos blancos

²⁰ *Ibíd.*, p. 84.

²¹ *Ídem.*

²² JAMES, *op.cit.*, p. 92.

veían la idea de otorgarles plenos derechos como un simple paso hacia la abolición de la esclavitud: los derechos de los mulatos hoy serían para los negros mañana²³. Durante toda la Revolución Haitiana, los mulatos lucharon también por su causa — principalmente en el sur, donde su líder, Rigaud, llegaría a ser una figura tan importante como Toussaint— e incluso lograrían la igualdad con los colonos en una maniobra desesperada del gobierno francés. Sus periplos se verán de manera superficial a lo largo de los siguientes artículos.

En resumen: la tensión social en Saint Domingue era inmensa, y la revuelta de los esclavos era una posibilidad de la que todos los propietarios blancos de la colonia eran conscientes. Y finalmente, en los meses de verano de 1791, esta posibilidad se hizo realidad.

²³ *Ibíd.*, p. 79.

1.1 — La revolución interna

“El dios de los blancos incita al crimen, pero el dios de los negros inspira la bondad.”

—Oración criolla atribuida a Boukman Dutty, instigador de la rebelión.

La noche del 14 de agosto llegó a Saint Domingue acompañada de una tormenta tropical. La lluvia y el viento lo cubrían todo; los relámpagos iluminaban el cielo cada pocos segundos²⁴. La reunión que se llevó a cabo aquella noche entre los principales líderes de la revolución pronto entraría a formar parte del folklore haitiano.

Este encuentro tomó la forma de una ceremonia espiritual vudú. El jefe de la revolución se llamaba Boukman Dutty, y era un Alto Sacerdote, o *Papaloi*²⁵. Según la tradición haitiana, los esclavos comenzaron la ceremonia confesando su resentimiento sobre su condición social. Una mujer se vio poseída por los espíritus de los dioses africanos y comenzó a bailar en frenesí. Se cortó el cuello de un cerdo y todos los asistentes bebieron de su sangre, jurando matar a todos los blancos y mulatos de la isla²⁶.

Si el recuento de estos hechos suena artificial, a la vez barbárico y romántico, es por un motivo. La única persona que sobrevivió a la revuelta en la plantación de Gallifet fue Antoine Dalmas, el cirujano, puesto que los esclavos supusieron que sus habilidades podrían llegar a ser útiles. Dalmas huyó a Estados Unidos, donde escribió en sus memorias esta detallada descripción de la ceremonia. Dalmas era de la opinión de que la rebelión haitiana era ilegítima y antinatural, de ahí su tono furibundo. Esta descripción fue tomada por el abolicionista francés Civique de Gastine, que añadió el

²⁴ *Ibíd.*, p. 92.

²⁵ *Ibíd.*, p. 94.

²⁶ MOCOMBE, Paul C.; “Why Haiti is Maligned in the Western World: The Contemporary Significance of Bois Caïman and the Haitian Revolution” en *Encuentros*. 2010, No.16, pp. 31-43.

detalle de la tormenta tropical. Finalmente, Hérard Dumesle, escritor haitiano, completó esta imagen en 1824, añadiendo detalles más cercanos a las culturas griega y romana (el baile frenético de la joven virgen, por ejemplo) y dejando la primera referencia escrita a la oración criolla que en teoría se pronunció antes para inspirar a los rebeldes—oración que más tarde se atribuiría a Boukman Dutty²⁷.

Esta obsesión con el inicio de la revolución, así como los múltiples detalles místicos que se le otorgan, no hacen sino simbolizar la actitud de la época respecto a la revuelta de los esclavos. Era una situación imposible, un cambio radical del orden natural de la sociedad —la primera vez que las ideas de la igualdad se llevaban hasta su lógico extremo. El vudú y la religión en general fueron importantes para mantener la disciplina y ayudaron a la organización de la rebelión²⁸, pero la principal causa de esta revuelta fue el ansia de libertad y las penurias de la esclavitud, no el furor religioso. Si el mundo optó por ver la Revolución Haitiana como una obra de magia negra, es porque en cierta forma era la única manera en la que podían comprenderla.

La primera plantación en rebelarse fue precisamente la de Gallifet. Todas las partidas de esclavos asesinaron a sus amos y quemaron la plantación hasta los cimientos, dejando vivo tan sólo a Dalmas. A la mañana siguiente, la rebelión se expandió desde Acul hasta Limbé: aproximadamente 2.000 esclavos iban de plantación en plantación, matando blancos, quemando casas y destruyendo todos los campos que encontraran²⁹. La brutalidad de estos primeros momentos de la rebelión —el extremo hasta el cual los esclavos se vengaron de sus antiguos amos— está bien documentado, pero quizá de forma adornada o exagerada por el espíritu antiesclavista de la época: uno de los ex-esclavos portaba como estandarte el cadáver de un niño blanco ensartado en el extremo de una pica. Históricamente, C.R.L. James, que presenta estos hechos como verídicos,

²⁷ DUBOIS, *op.cit.*, p. 100.

²⁸ *Ibíd.*, p. 101.

²⁹ *Ibíd.*, p. 94.

afirma que, aún con todo, los esclavos “se comportaron con sorprendente moderación”³⁰ teniendo en cuenta el trato usual que recibían en Saint Domingue por parte de sus amos.

Muy pronto, Le Cap ardía. El norte de la isla se convirtió en el foco más importante de la rebelión.

“El fuego, que esparcieron hacia las cañas de azúcar, hacia todos los edificios, hacia sus casas y ajoupas [cabañas], cubría el cielo con agitadas nubes de humo durante el día, y por la noche iluminaban el horizonte con una aurora boreal que proyectaba desde lejos el reflejo de muchos volcanes, y otorgaba a todo un lívido tinte de color sangre³¹.

En la mañana del 23 de agosto, el ejército contenía aproximadamente 2.000 esclavos rebeldes; para el día 27 del mismo mes, sus fuerzas habían llegado a los 10.000³². En pocas semanas, ya contaban los 100.000.

El conflicto fue rápido, impredecible, y en seguida cobró una altísima importancia. Los motivos eran muchos: cualquier revuelta de esclavos a esta escala habría llamado la atención de dueños de plantaciones de todo el mundo, pues no era sino una representación literal de sus peores temores. Pero además, esto ocurría a la sombra de la Revolución Francesa —que ya de por sí había sacudido al mundo al desafiar la idea del Antiguo Régimen— y *en Saint Domingue*, la isla más lucrativa del Atlántico, y orgullo de Francia.

En otras palabras: la Revolución Haitiana estaba destinada a convertirse en un conflicto internacional, en algo más que una simple lucha por la libertad. Se iba a transformar en una herramienta para que el resto de Europa luchara por el control de Saint Domingue

³⁰ JAMES, C.R.L; op.cit., p. 94.

³¹ DUBOIS, op.cit., p. 95.

³² *Ibidem.* p. 96.

(una posibilidad tentadora para cualquiera) y para que todos los grandes reinos defendieran, de una manera u otra, tanto el sistema monárquico como el sistema esclavista. Ambos eran demasiado preciosos como para permitir tal insulto, aunque fuera al otro lado del mar.

Así que tanto España como Gran Bretaña acabaron por entrometerse. España lo hizo, ante todo, de manera indirecta. Entre los esclavos insurgentes la figura del rey Luis XVI se aparecía como un personaje benévolo. Era una figura lejana y abstracta con poder para revocar las decisiones de las asambleas locales, enemigos mucho más definidos y cercanos³³. Se buscaba y se deseaba su protección, y muchos creían que de hecho ya la poseían. Al fin y al cabo, era el rey quien había dictado el *Code Noir*, que ofrecía algunas protecciones reducidas a los esclavos (acceso a la manumisión, por ejemplo) y corrían rumores de que el rey y la Asamblea Nacional de París habían prohibido el uso del látigo por parte de los dueños de las plantaciones, o de que una nueva ley les otorgaba tres días libres a la semana, en vez de dos³⁴.

Estos rumores eran falsos (Luis XVI no se preocupaba de los esclavos; otros asuntos más inmediatos a su persona lo mantenían ocupado), pero en una situación como en la que se encontraban los esclavos —sujetos a torturas diarias, a tratos inhumanos, obligados a luchar con uñas y dientes por el simple derecho a ser tratados como humanos y alcanzar su propia dignidad— la esperanza que otorgaban era real.

A esta noción ayudaba el hecho de que para los *grand blancs* la Revolución Francesa consistía en una oportunidad de oro: era posible ser independientes del gobierno francés y gobernar la colonia al completo. Bajo su total autoridad, Saint Domingue se habría convertido en un lugar todavía más lucrativo para los dueños de las plantaciones, y todavía más infernal para los esclavos, que verían la poca protección con la que

³³ *Ibidem.* p. 107.

³⁴ *Ibidem.* p. 106.

contaban desaparecer completamente.

Esto se traducía, entonces, en una clara tendencia por parte de la mayoría de los esclavos de aliarse con el rey. La ironía de esta situación —que aqu ellos que luchaban por eliminar la aristocracia de la piel se vieran luchando a favor de la aristocracia de la sangre— no fue particularmente señalada por los documentos de la época. Al fin y al cabo, la Revolución Francesa, con todas sus ansias de proclamar la igualdad de todos los hombres, había dejado a los esclavos de lado.

Así, varios líderes esclavos se autodenominaban “oficiales del ejército del rey”, los esclavos portaban banderas con la flor de lis, invocaban la autoridad del rey y se hacían llamar *gens du roi*³⁵. Cuando la rebelión comenzó, los esclavos eran, inequívocamente, monárquicos.

Es precisamente por esto por lo que una alianza con España —que poseía la mitad oriental de la isla— acabó por ocurrir. En España reinaba Carlos IV de la Casa Borbón, cuya autoridad real era respetada por los esclavos. Los españoles no estaban en guerra abierta con Francia, con lo que en un principio no podían ayudar a los esclavos de manera oficial, pero enviaban armas y alimentos a los esclavos insurgentes y mantenían contacto constante con dos de sus líderes, Jean-François y Biassou³⁶. Esta revuelta era una posibilidad de recuperar toda la isla de la Española, cuya parte occidental les había sido arrebatada por los franceses desde el siglo anterior.

Así que hasta 1793, los españoles ayudaron a los esclavos desde las sombras. Una vez se declaró guerra abierta con Francia —la Guerra del Rosellón, que ocurrió una vez Luis XVI pas  por la guillotina— la situación cambió y España tomó un papel más activo. Por el momento, sin embargo, la ayuda fue clandestina: los españoles otorgaron

³⁵  dem.

³⁶ DUBOIS, op.cit., p. 152-153.

armas, comida, munición y consejos militares al bando insurrecto. Este constante intercambio fue probablemente uno de los principales factores por los que la rebelión esclava fue tan exitosa.

Pero, incluso antes de esta alianza, los esclavos insurrectos eran una fuerza a tener en cuenta. Los esclavos provenientes del Congo se mostraron particularmente útiles; muchos poseían experiencia militar y sus tácticas —tan distintas de las clásicas europeas— podían llegar a ser muy eficaces. A los dos meses de comenzar la revolución, los esclavos habían matado a 4.000 blancos y habían destruido cientos de plantaciones de azúcar, añil y café³⁷. Hacia finales de 1792, un tercio de las plantaciones en el sur habían ardido hasta los cimientos, y todas las plantaciones de azúcar del *Plaine des Cayes* habían sido destruidas o severamente dañadas³⁸.

La violencia formó parte fundamental de la insurrección. Documentos en los que se detallaban imágenes sangrientas y atrocidades innombrables cometidas por los esclavos (el ya famoso niño ensartado en una pica) se daban por verídicos, se traducían al francés y al inglés, se publicaban como elementos para difamar la rebelión de los esclavos y subrayar su naturaleza barbárica.

Pero al mismo tiempo existían muchas historias sobre esclavos negros que protegían a sus antiguos amos blancos, ya fuera defendiéndolos ante las masas insurrectas o simplemente permitiéndoles huir a escondidas.³⁹ Al otro lado del mar, tanto en las Américas como en Europa, los sucesos de Haití eran dramatizados, exagerados y alcanzaban una actitud casi mitológica. Las historias que surgían de estos sucesos, (historias sobre nobleza y crueldad, sobre la naturaleza del hombre blanco y negro, y

³⁷ CENSER, Jack Richard; HUNT, Lynn Avery; *Liberty, Equality, Fraternity: Exploring the French Revolution*. Penn State University Press, 2001, p. 124.

³⁸ DUBOIS, op.cit., p. 140.

³⁹ *Ibidem*. pp. 110-112.

las diferencias o similitudes entre los mismos) se transformaban en pequeños estudios sobre cómo evolucionarían las relaciones humanas una vez la esclavitud desapareciera, sobre cómo se transformaría la sociedad.

Aun así, a pesar del enorme peso de este conflicto, a pesar de su fuerza, podría haber acabado mucho antes. Podría haberse firmado la paz. En noviembre de 1791, Jean-François y Biassou entraron en negociaciones con la Asamblea Colonial que gobernaba Saint Domingue tras la llegada de las noticias de que la Asamblea Nacional de París tenía una nueva Constitución que ofrecía amnistía para cualquier culpable de “actos de revolución”. La idea era reformar la esclavitud —que no abolirla completamente— para mejorar la situación de los esclavos; sin embargo, los miembros de la Asamblea Colonial, dueños de plantaciones, se negaron a dar su mano a torcer. Lo único que estaban dispuestos a aceptar era un regreso total al *status quo* previo a la revolución. Las negociaciones nunca llegaron a buen puerto, y no se firmó la paz⁴⁰.

La situación era desesperada. Ambos bandos habían sufrido grandes pérdidas, y el conflicto no parecía tener fin. Para aplacar el conflicto racial y lograr una unidad de la isla contra los esclavos, la Asamblea Nacional decidió otorgar igualdad de derechos a mulatos, libertos, negros libres y blancos —a partir de este momento, en las colonias sólo existirían dos tipos de personas: hombres libres y esclavos⁴¹. Para poder mantener la esclavitud, Francia intentó eliminar las barreras de la raza que habían definido la sociedad de Saint Domingue durante tanto tiempo.

⁴⁰ *Ibidem*. pp. 128-129.

⁴¹ DUBOIS, *op.cit.*, p. 144; STEIN, Robert Louis, *Légère Félicité Sonthonax: The Lost Sentinel of the Republic*. Londres: Fairleigh Dickinson University Press, 1985, pp. 46-47.

1.2 — El conflicto internacional

“Hermanos, amigos, yo soy Toussaint L’Ouverture, mi nombre quizás os resulte conocido.”

—Toussaint L’Ouverture, proclama del 29 de agosto de 1793

El decreto que otorgaba derechos plenos a los mulatos, libertos, y demás hombres no esclavos fue aprobado el 24 de marzo de 1792. El 4 de abril del mismo año, la firma del rey convertía este decreto en ley. La Asamblea Nacional estaba convencida de que con esta reforma se salvaría la esclavitud y la revuelta de los esclavos llegaría a su fin.

Así, con este propósito, el 17 de septiembre de 1792 llegaban a Le Cap seis mil hombres en quince barcos. De éstos, cuatro mil eran de la Guardia Nacional y los otros dos mil eran tropas regulares. En los mismos barcos se encontraban tres comisarios: Sonthonax, Polverel y Ailhaud (que pronto los abandonaría y, en el contexto de la historia, tiene poca importancia).

Su desembarco en Le Cap no fue fácil. Las noticias que traían enfurecieron gravemente a los *grand blancs*, que no querían que los mulatos, libertos y demás se encontraran en igualdad de condiciones. Si bien muchos de estos dueños de plantaciones se habían declarado leales a la Revolución, lo habían hecho bajo la condición de que Saint Domingue se encontrara bajo un régimen autonómico. Un decreto de 1790, que otorgaba a las colonias la capacidad de autogobernarse, había sido de su agrado, pero ahora que la situación cambiaba, muchos *grand blancs* se pasaban al bando monárquico. La igualdad entre hombres libres, entendían, no sino era un paso más hacia la abolición de la esclavitud⁴².

⁴² DUBOIS, op.cit., p. 144.

Por si esto no fuera poco, el decreto del 24 de marzo no sirvió para aclimatar las tensiones raciales; por muchos esfuerzos oficiales que Sonthonax y compañía realizaran, los blancos y los mulatos seguían enfrentados y los blancos se negaban a reconocer a los comisarios como aliados, por mucho que éstos insistieran en que su objetivo era paliar las desigualdades raciales con el expreso objetivo de mantener la esclavitud.

Fue entonces, en este clima adverso, cuando en octubre de 1792 llegó la primera de dos noticias que cambiarían el curso de la colonia: las masas parlamentarias habían expulsado a los Borbones del trono. Francia era ahora una República⁴³.

La reacción fue inmediata. Los sectores más extremistas de los revolucionarios —sobre todo los Jacobinos— veían necesario defender la nueva República bajo cualquier circunstancia, pero había enemigos por todas partes. Desde dentro de Francia, muchos se oponían de manera abierta a este nuevo régimen; viendo todos los reyes de Europa amenazaban con la guerra, cualquier tipo de conflicto interno fue visto como traición y reprimido con violencia aún mayor. El poder se concentró en la nueva Convención Nacional, elegida bajo el recién instaurado sufragio universal, y Sonthonax y Polverel (Ailhaud ya había desaparecido) recibieron mayores poderes: ahora podían suspender cualquier administrador u oficial que se opusiera a su voluntad⁴⁴.

La Asamblea Colonial, que se había negado a firmar la paz con los esclavos, fue disuelta, en su lugar se creó una “Comisión Intermedia” (la primera comisión interracial de la isla) y Sonthonax y Polverel se dedicaron a consolidar sus poderes políticos⁴⁵: bajo su mando, los soldados franceses lograron varias victorias parciales contra los esclavos insurrectos, que aún se declaraban leales al rey, y trabajaron para

⁴³ JAMES, op.cit., p. 121.

⁴⁴ DUBOIS, op.cit., p. 145; STEIN, op.cit., pp. 51-52.

⁴⁵ DUBOIS, op.cit., p. 147.

eliminar los conflictos raciales y unir la colonia bajo su mando.

En 1793, llegaba la segunda gran noticia, más radical todavía: en enero de 1793, Luis XVI había sido ejecutado en París. Tan sólo un mes después, las monarquías de España y Gran Bretaña declaraban guerra oficial contra Francia—uniéndose a Austria, que ya la había declarado el año anterior. Saint Domingue se enfrentaba ahora a un nuevo tipo de conflicto: uno de naturaleza internacional⁴⁶.

Ahora que la guerra era oficial, los españoles no tenían por qué mantenerse en las sombras en sus intentos de recuperar la totalidad de la isla de la Española. Su contacto con los líderes de las tropas esclavas dejaron de estar limitados a la simple entrega de munición, armas y alimento: ahora las tropas de España marchaban por la isla, y el Gobierno español ordenó a los oficiales en el Santo Domingo español que reclutaran esclavos como “tropas auxiliares”. Éstas lucharían en nombre del rey de España y serían consideradas como iguales dentro del ejército.

La estrategia fue un éxito y ayudó a ambas partes: los españoles lograron que sus propias tropas evitaran en su mayor parte la batalla (algo especialmente ventajoso al tener en cuenta la frecuencia con la que los soldados europeos caían presa de enfermedades autóctonas al luchar en Saint Domingue) y el ejército esclavo se recuperó de las derrotas recibidas por mano de Sonthorox y aliados recientemente. François y Biassou se convirtieron en lugartenientes y hacia junio de 1793 habían traído más de 10.000 soldados al bando español⁴⁷. Toussaint L'Ouverture, que hasta el momento había sido subordinado de Biassou, se unió también como líder independiente. Comandaba por aquél entonces seiscientos hombres, recibía el título de coronel, y hacia el final de la Revolución Haitiana acabaría por ser el hombre más poderoso de todo

⁴⁶ *Ibidem.*, p. 152.

⁴⁷ DUBOIS, *op.cit.*, p. 153; GEGGUS, David; MORGAN, Philip D. (ed.); BROWN, Christopher Leslie (ed.); “Arming Slaves: From Classical Times to the Modern Age” en *The Arming of Slaves in the Haitian Revolution*. New Haven: Yale University Press, 2006.

Saint Domingue⁴⁸.

Pero los esclavos no fueron los únicos que buscaron ayuda internacional. Ya desde 1791, varios plantadores blancos habían considerado la posibilidad de una ocupación británica de la isla: Gran Bretaña era un imperio que no estaba pasando por cambios tan bruscos como Francia por aquel entonces y su compromiso con el concepto de la esclavitud como base de toda la economía colonial era mucho más consistente (pues si bien el proceso abolicionista estaba en trámite, se pausó en cuanto la posibilidad de hacerse con Saint Domingue se solidificó un mínimo).

Pero Saint Domingue no era como la India o África; interferir en el conflicto de la isla significaba la guerra con Francia. Estas consideraciones sólo se volvieron realidad una vez la Primera Coalición de monarquías europeas contra la Francia revolucionaria lo permitió. Gran Bretaña tenía motivos para interceder: aún destrozada, la Española era un botín suculento. No sólo parecía que todos los *grand blancs* los iban a recibir con los brazos abiertos⁴⁹, sino que además su dominio otorgaría a Gran Bretaña el monopolio sobre el azúcar, el añil, el algodón y el café y asentaría el imperio como una fuerza económica a tener en cuenta.

“Esta isla aportaría durante años tal impulso y vigor a nuestra industria que en todos los rincones del Imperio resonaría su gozoso eco. Acabaría a su vez con la emigración desde nuestros tres reinos hacia los Estados Unidos, que proseguirá en su avance y desarrollo hasta convertirse en verdaderamente alarmante y perjudicial”.

Así lee en 1792 una carta del teniente coronel John Chalmers, experto en cuestiones de las Indias Occidentales, a William Pitt, Primer Ministro británico⁵⁰. Los británicos

⁴⁸ JAMES, op.cit., p. 125.

⁴⁹ DUBOIS, op.cit., p. 153.

⁵⁰ JAMES, op.cit., p. 133.

enviarían 900 hombres a Saint Domingue en septiembre de 1793⁵¹.

Esta situación alarmó gravemente a los comisarios de Saint Domingue, que veían como Francia se iba quedando sin aliados de manera paulatina en su propia colonia. Lo más curioso era que los esclavos insurrectos luchaban “por las mismas causas que los ejércitos franceses”, escribía Sonthonax en febrero de 1793⁵². En opinión de los comisarios, si la Convención Nacional admitía que los esclavos y los franceses eran hermanos unidos en la causa contra la tiranía, Francia ganaría nuevos aliados. En mayo del mismo año Sonthonax y Polverel redactaban un decreto que, si bien mantenía la esclavitud en la colonia, suavizaba el trato que recibían los esclavos.⁵³

El decreto fue percibido como contrario al espíritu de la esclavitud, como un intento de interceder entre la relación amo-esclavo y como el primer paso para transformar a todos los esclavos rebeldes en soldados libres que tendrían así la oportunidad de masacrar a todos los blancos. El único que podía evitar esta tragedia era el nuevo gobernador de Saint Domingue, François-Thomas Galbaud du Fort, que acababa de llegar a la colonia y tampoco simpatizaba con los comisarios⁵⁴.

Las disputas que siguieron acabarían por destruir Le Cap. Galbaud atacó la ciudad con varios miles de simpatizantes con su causa el 20 y el 21 de junio de 1793. Así es como el Saint Domingue blanco se destruía a sí mismo. La ciudad cayó en el caos: la batalla ocurría en las calles, el pillaje acabó desembocando en un incendio que destruyó cientos de miles de francos en propiedades. Para combatir a Galbaud, Sonthonax armó a los esclavos y prisioneros de Le Cap y prometió la abolición de todo soldado negro que luchara por la República: serían libres, ciudadanos franceses con igualdad de derechos

⁵¹ *Ibídem*, p. 134.

⁵² DUBOIS, *op.cit.*, p. 154.

⁵³ *Ídem*.

⁵⁴ *Ibídem*, p. 155.

a todos los demás. Pronto, 10.000 negros descendían sobre la ciudad y las fuerzas de Galbaud se veían obligadas a huir de la isla. Muchos no volvieron jamás⁵⁵.

A partir de este punto, los esclavos insurgentes se convirtieron en una fuerza política a temer y a tener en cuenta. Fueron ellos los que liberaron Le Cap, fueron ellos los que habían logrado que los españoles avanzaran por la isla cosechando victoria tras victoria e iban a ser ellos quienes decidieran quién se haría finalmente con el control de la colonia.

Sonthonax y Polverel vieron esto en seguida, sobre todo gracias a lo que había ocurrido en Le Cap. Eran los reyes los que querían esclavos, no Francia. Enviaron misivas a Biassou y Jean-François prometiendo su libertad si se unían al bando de la República; los líderes de los insurgentes respondieron con una clara negativa: eran fieles al rey de España y a todos los reyes, que habían reinado sobre la tierra desde el principio de los tiempos. Si el rey de Francia se había perdido no importaba, porque el español seguía allí; la autoridad de los comisarios republicanos no valdría nada hasta que no tuvieran la palabra de un rey de su parte⁵⁶.

La libertad que ofrecía Francia —total y absoluta a cambio de luchar por su bando— era lo mismo que España había estado ofreciendo durante meses; no era suficiente para ganarse a los esclavos. Biassou y Jean-François continuaron con sus ataques junto con los españoles, avanzando de manera significativa por todo el norte de la colonia.

Sonthonax vio que no tenían ninguna otra opción, así que finalmente jugó su última baza: el 29 de agosto de 1793 declaró la abolición total de la esclavitud en un decreto que rezaba que “los hombres nacen iguales”. Todos los esclavos de la provincia norteña de Saint Domingue, la más rica de todas y aquélla en la que la Revolución Haitiana

⁵⁵ DUBOIS, op.cit., p. 159; STEIN, op.cit., p. 76.

⁵⁶ *Ibíd.*, p.160; p. 98.

había comenzado dos años atrás, quedaban liberados y gozaban de todos los derechos establecidos en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. La provincia más occidental pronto la siguió⁵⁷.

La Declaración, además, sería traducida al criollo (idioma nativo de la isla) y distribuida por la colonia para que todos pudieran acceder a ella. Todos los hombres mayores de 18 años debían presentarse ante la administración local, donde, tras recitar un juramento, recibirían una declaración impresa de su ciudadanía francesa. El mayor miedo de los plantadores blancos se había hecho realidad⁵⁸.

Sin embargo, este efecto tampoco resultó tan efectivo como los comisarios deseaban: Biassou y Jean-François se negaron a desertar de los españoles. Seguían siendo fieles a su rey⁵⁹.

Aquí es cuando la figura de Toussaint L'Ouverture comenzó a tomar especial importancia. Tras aprender la estrategia militar ortodoxa de mano de oficiales desertores (que no querían aliarse con los españoles y preferían en su lugar unirse a tropas negras que antes habían sido francesas) estudió la geografía local y empezó a encadenar victorias. En los primeros meses de 1794, Toussaint controlaba todo el cordón occidental de la isla —desde la colonia española hasta el mar. Disponía de 4.000 hombres, tanto negros como blancos o mulatos, antiguos oficiales del Antiguo Régimen y antiguos republicanos.⁶⁰

Toussaint era todavía subordinado de Biassou y Jean-François, pero el mérito de estas victorias era principalmente suyo. Los colonos de la isla adoraban a los dos líderes, que

⁵⁷ *Ibidem*, p. 161.

⁵⁸ DUBOIS, *op. cit.*, p. 163.

⁵⁹ JAMES, *op.cit.*, p. 129.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 132.

luchaban por los españoles (que eran todavía partidarios de la esclavitud) pero odiaban a Toussaint, que osaba violar las “sagradas promesas” del rey de España al prometer “libertad general para todos los esclavos que hubiesen vuelto a su deber y que contribuyesen a preservar el orden.⁶¹” El mismo día 29 de agosto de 1793, al mismo tiempo que Sonthonax decretaba la abolición de la esclavitud, Toussaint hacía pública una proclama:

Hermanos, amigos, yo soy Toussaint L'Ouverture, mi nombre quizás os resulte conocido. He iniciado la venganza. Quiero que la Libertad y la Igualdad prevalezcan en Santo Domingo. Lucho por darles vida. Uníos a nosotros, hermanos, y aliaos a nosotros en la misma causa, etcétera.

Su muy humilde y muy obediente servidor.

(Firmado) Toussaint L'Ouverture,
General de los Ejércitos del Rey,
por el Bien Público.⁶²

Toussaint no se declaraba aquí fiel a la República Francesa, pero empleaba su lenguaje para expresar cuáles eran sus fines. Aún era soldado fiel al rey de España, pero el mensaje es inequívoco: su intención es lograr la libertad y la igualdad de los esclavos. Cualquier lealtad hacia una ideología concreta —monarquía o república— es secundaria. Si no hubo alianza inmediata con los franceses cuando Sonthonax declaró la abolición, es porque este decreto era una decisión local que no tenía seguridad o autoridad sólidas: el gobierno republicano francés era el único que podía escribir una ley y la Convención no se había pronunciado al respecto. Además, luchar con los españoles había dado al ejército esclavo grandes niveles de autonomía y el futuro de Francia estaba en entredicho dada la guerra.

⁶¹ Ídem.

⁶² *Ibidem*, p. 126.

Visto esto, y con los líderes esclavos dominando el norte de la isla, lo único que logró que se pasaran de bando para aliarse con los franceses fue la llegada de los británicos a la isla. Éstos llegaron en septiembre de 1793, y azuzados por la calurosísima bienvenida de los plantadores blancos, fueron imparables. A comienzos de 1794 dominaban toda la fachada marítima del golfo de Puerto Príncipe, toda la Provincia Occidental, gran parte del sur y la fortaleza de Mole St. Nicholas⁶³.

Los españoles habían causado problemas, pero los británicos eran una amenaza mucho mayor. Dueños del mayor imperio del mundo, si se hacían con Saint Domingue, la situación de los esclavos (tal y como esperaban los plantadores blancos que les daban la bienvenida) empeoraría incluso más que antes de que la Revolución Haitiana comenzara. Los progresos de la abolición en Inglaterra se estancaron en cuanto la posibilidad de la conquista de Saint Domingue se insinuó como ligeramente realista. Si la colonia caía en manos de los españoles o de los británicos —y esto era algo de lo que los esclavos, y Toussaint en especial, eran tristemente conscientes— el destino final de los negros sería, en palabras de C.R.L. James, “*o bien el látigo del capataz o bien la bayoneta.*”⁶⁴

Pero los esclavos no eran los únicos que temían a los británicos. Si éstos se hacían con la isla, la Francia republicana vería como todos sus ingresos coloniales desaparecían y acababan en los bolsillos de su mayor rival, que probablemente emplearía estos fondos para armar la guerra contra los franceses. Y Francia, que por aquel momento pasaba por otro de sus momentos históricos más cruciales, actuó. El pueblo se mostraba en su momento más empático hacia los esclavos de Saint Domingue, expresiones de odio contra la aristocracia de la piel eran frecuentes y públicas⁶⁵.

⁶³ *Ibíd.*, p. 135.

⁶⁴ *Ibíd.*, pp. 136-137.

⁶⁵ *Ibíd.*, p. 137.

En esta situación llegaban tres diputados de Saint Domingue a la Convención Nacional: un blanco, un mulato y un ex-esclavo negro. Las masas de París estaban de su parte, y la situación exigía medidas extremas. Los discursos de los tres diputados de Saint Domingue fueron furibundos y eficaces, y si bien en la Convención no faltaban burgueses que más tarde se arrepentirían de la decisión al ver como las oportunidades de negocio disminuían, la decisión fue finalmente tomada:

“La Convención Nacional declara que la esclavitud es abolida en todo el territorio de la República; en consecuencia, todos los hombres, sin distinción por color, disfrutarán de los derechos de los ciudadanos franceses.⁶⁶”

El decreto local de Sonthonax había sido ratificado y era ahora ley francesa. Los esclavos habían logrado su libertad. En cuanto escuchó la noticia, Toussaint no dudó un instante: no sólo cambió de bando y se convirtió en brigadier francés, sino que actuó con una celeridad que sorprendió a todo Saint Domingue. Convenció a todos sus seguidores para que se unieran con él a Francia, cayó sobre Biassou y Jean-François y desbarató sus tropas (ya fuera derrotándolas o convenciéndolas para que se unieran a él) y combatió contra los británicos en el norte de la colonia sin respiro. Capturó todas sus posiciones en la orilla derecha del río Artibonite, los obligó a huir cruzando el río y a punto estuvo incluso de arrebatárles la plaza fuerte de St. Marc⁶⁷.

Toussaint L'Ouverture, hoy en día, es una figura de leyenda. Se coloca como uno de los grandes hombres de su siglo, a la altura del mismísimo Napoleón Bonaparte, según muchos, y su historia personal está tan adornada como aquella famosa noche de 1791 en que Boukman Dutty ofició una ceremonia vudú y comenzó la Revolución Haitiana. El nombre “L'Ouverture” (“la apertura”) no era suyo de nacimiento; lo recibió, según se dice, gracias a su capacidad estratégica, a su habilidad para encontrar aperturas en

⁶⁶ DUBOIS, op.cit., p. 170.

⁶⁷ JAMES, op.cit., p. 142.

cualquier ejército enemigo⁶⁸. Ahora que la era de Biassou y Jean-François había pasado, Toussaint iba a demostrar cuán acertado era el apodo.

⁶⁸ DUBOIS, op.cit., p. 172.

1.3 — La victoria y la libertad

“Recuerda, mi querido amigo, que la República Francesa es una e indivisible y en eso está el origen de su fuerza y de su victoria sobre todos sus enemigos.”

-Toussaint L’Ouverture, carta a Dieudonné.

Ahora Toussaint era un oficial francés al mando de un ejército de 5.000 hombres que defendía una línea de plazas fortificadas entre la Provincia del Norte y el oeste, y que había progresado en la Provincia Occidental hasta alcanzar la orilla derecha del río Artibonite⁶⁹. La suerte de los ingleses y los españoles se agotaba, y finalmente acabarían por ser expulsados de la isla. A nivel marítimo, la República Francesa era débil y no podía suministrar ayuda a Saint Domingue—al contrario que los españoles y los británicos, que disponían de grandes cantidades de armas, refuerzos y dinero.

Y sin embargo, esto no fue suficiente. El clima adverso, las enfermedades y la oposición de la población autóctona, que conocía la geografía del lugar y podía utilizarla a su favor, acabaron por infringir a los ingleses “la derrota más severa sufrida por una expedición militar británica desde los tiempos de la reina Isabel hasta la Primera Guerra Mundial⁷⁰”. En cuanto a los españoles, éstos sufrieron graves derrotas por parte de L’Ouverture; Jean-François, en concreto, se enfrentó a él en varias ocasiones, sufriendo ambos bandos graves pérdidas en cada encuentro. España salía pronto del mapa político de Saint Domingue, de todas formas—en 1795 firmaba con Francia el Tratado de Basilea, con el que se decretaba la paz entre ambos Estados y se firmaba el fin del conflicto en Saint Domingue y la cesión a los franceses del Santo Domingo español.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 143.

⁷⁰ *Ídem*.

Por su parte, Biassou consideró durante un tiempo el unirse a los británicos para luchar contra L'Ouverture. Sin embargo, esto habría significado obedecer a oficiales blancos, y la autonomía de la que habría disfrutado habría sido mucho menor que con los españoles. Finalmente, en vez de permanecer en la Española para luchar por el rey, Biassou —así como Jean-François y otros muchos— acabó por abandonar la isla bajo la protección de España, que los repartió por todo su imperio. Mayormente por las Américas, aunque Jean-François acabaría viviendo muchos años en España⁷¹.

Sonthonax y Polverel se vieron obligados a volver a Francia; si bien la Convención Nacional había ratificado su decreto, algunos colonos emigrados a París los habían denunciado por traición. Esto dejaba al mando de la colonia a Étienne Laveaux, gobernador. Era a él a quien Toussaint daba cuenta de sus actos; Laveaux, a cambio, adoraba a Toussaint, al que consideraba un grandísimo estratega, además de un gran hombre en general. En la práctica, Toussaint ejercía un control no supervisado sobre el grueso de sus tropas, principal fuerza en Saint Domingue. La gran mayoría la componían ex-esclavos con poco o ningún entrenamiento militar, pero Laveaux estaba en lo cierto al considerar a Toussaint un buen líder: el ex-esclavo luchaba al lado de sus soldados, convivía con ellos y se aseguraba de que mantuvieran la disciplina. A pesar de su constante falta de armas, comida y equipo, los intentos de los británicos y los españoles de infiltrarse entre las tropas de Toussaint para conseguir que éstas desertaran fallaron estrepitosamente. La moral de la milicia revolucionaria era simplemente demasiado alta⁷².

No todo era perfecto, sin embargo. A lo largo de la guerra, la situación de los ex-esclavos se volvió precaria; los que antes habían estado apresados por la ley y por su condición de mera propiedad ahora se veían encadenados por conceptos como la simple

⁷¹ DUBOIS, op. cit., p. 183; GEGGUS, David Patrick; *Slavery, War and Revolution: The British Occupation of Saint Dominique, 1793-1798*. Oxford: Clarendon Press, 1982, p.183

⁷² JAMES, op.cit., pp. 144-148.

pobreza o la falta de recursos. Saint Domingue, libre o no, dependía de las plantaciones para sobrevivir, y las plantaciones necesitaban obreros⁷³. Sonthonax y Polverel ya habían dictado varios decretos que regulaban el trabajo en las plantaciones: ahora los ex-esclavos cobraban sueldos, pero las mujeres cobraban menos que los hombres. Si los trabajadores se resistían a las órdenes de los jefes de la plantación podían ser sentenciados a cárcel o trabajos forzados. Cualquier tipo de robo —ya fuera del producto de la plantación o de “frutos espontáneos de la tierra” era castigado con multas que los trabajadores a menudo no podían pagar, y en su defecto, prisión.

La igualdad era un ideal, pero el dinero (o la falta de él) era una realidad. Toussaint se enfrentó a problemas similares al reconquistar territorios tomados por los británicos. En más de una ocasión se vio forzado a emplear su autoridad, y probablemente amenazas de uso de la fuerza, para que los trabajadores volvieran a sus puestos. “*En la República no hay cabida ni para lerdos ni para inútiles*⁷⁴”, escribía. El estilo de vida de los ahora hombres negros libres de Saint Domingue seguía siendo terriblemente similar a la esclavitud.

En cuanto a los propietarios de haciendas —aquéllos que habían sido aliados de los franceses, de los españoles, de los británicos y de cualquiera que les permitiera mantener sus plantaciones— Toussaint les permitió mantener sus tierras y organizarlas, si bien ahora ya no con la añadida posesión de los esclavos. Toussaint no confiaba en los propietarios, pero éstos tenían cultura, sabían cómo trabajar la tierra y organizar una plantación y, en resumen, eran necesarios. Además, el cambio en Saint Domingue era obvio, y pocos se resistieron al nuevo régimen, al menos de manera abierta. Varios propietarios se conformaron con lo que Toussaint les ofrecía. Era menos de lo que tenían antes, pero seguía siendo algo y aún tenían la posibilidad de enriquecerse.

⁷³ FICK, Carolyn, E.; *The Making of Haiti: The Saint-Domingue Revolution from Below*. Knoxville, University of Tennessee Press, 1990, pp. 172-173; DUBOIS, op.cit., p. 182.

⁷⁴ JAMES, op.cit., p. 152.

El 10 de marzo de 1794 un intento de golpe de Estado en Le Cap por parte de ciudadanos mulatos —que conspiraban con los ingleses— logro mantener a Laveaux en prisión durante dos días. Toussaint logro poner fin a la refriega y calmar la situación, con lo que Laveaux (que ya tenía a Toussaint en muy alta estima) lo nombró asistente directo del gobernador y juró no tomar nunca ninguna decisión sin consultárselo previamente, para alegría del pueblo⁷⁵.

Francia, sin embargo, se dio cuenta de que su autoridad sobre Saint Domingue peligraba. El complot mulato no era el único que existía, y muchos insurgentes aún conspiraban con los británicos en secreto. Siguiendo los consejos de Laveaux, el gobierno central envió una comisión de personas respetadas en Saint Domingue, dadas sus acciones durante la guerra. Entre éstas se encontraba Sonthonax, que había logrado eximirse de los cargos por los que le habían denunciado los colonos⁷⁶.

Sonthonax era abiertamente simpático hacia los negros. Se esforzó por inculcar a la población de Saint Domingue la obligación del trabajo, pero se opuso a cualquier tipo de coacción, prohibiendo rigurosamente el castigo en las plantaciones. Creó escuelas y enfatizó la necesidad de la educación entre los esclavos, obligándoles a aprender a leer y a escribir y a estudiar la Grecia y Roma antiguas. Empezó a alquilar las plantaciones abandonadas a propietarios privados para incentivar la economía de la isla. La idea era que los trabajadores de las plantaciones mismas se agruparían para alquilar su propiedad de manera conjunta; sin embargo, los principales beneficiarios de estas subastas públicas eran los ciudadanos ricos. Sin embargo, Saint Domingue había cambiado —los ricos ya no eran todos blancos, y muchos ex-esclavos emplearon el poder que habían ganado durante la Revolución para hacerse con grandes cantidades de plantaciones.

Esta redistribución del terreno y las riquezas de la isla dio pie a una “revolución social

⁷⁵ *Ibidem*, p. 166.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 167.

radical”): dio lugar al nacimiento de una nueva clase social de propietarios de origen africano. El conflicto relativo al trabajo en las plantaciones se volvió mucho más complejo, ya que ahora implicaba roces entre ex-esclavos y ex-propietarios. Así se plantaban las semillas de los múltiples conflictos sociales que plagarían Haití una vez lograra la independencia.⁷⁷

En septiembre de 1796 se celebraron elecciones en Francia, y la colonia de Saint Domingue tenía derecho a siete representantes. Tanto Laveaux como Sonthonax fueron elegidos, y tras la sugerencia de Toussaint, Laveaux accedió a volver a París para representar allí a los ex-esclavos. Sonthonax era ya el nuevo gobernador de Saint Domingue y, siendo como era el gran emancipador, primero que había declarado la abolición de la esclavitud, era el único personaje en toda la colonia cuya popularidad y fama rivalizaban las de Toussaint⁷⁸.

Toussaint fue nombrado comandante en jefe y gobernador en Le Cap a propuesta de Sonthonax, y gracias a los esfuerzos de ambos, Saint Domingue empezó a resurgir. La situación había mejorado enormemente —con la Revolución Haitiana terminada y los esclavos libres, los dos hombres más poderosos de la colonia eran simpatizantes de la población negra y se esforzaban por reforzar la agricultura del lugar hasta que alcanzara los niveles de antaño⁷⁹.

En agosto de 1797, sin embargo, Toussaint cambió de actitud. El motivo exacto por el que ocurrió esto sigue hoy en día siendo un misterio; hay quien teoriza, simplemente, que sabiendo cómo los tiempos cambiaban se volvía necesario hacer sacrificios. Mediante una serie de cartas y ataques varios a su persona, logró que Sonthonax se fuera de Saint Domingue y se quedara en París. La acusación de Toussaint era que

⁷⁷ DUBOIS, op.cit., p. 205; PLUCHON, Pierre; *Toussaint Louverture*. París: Fayard, 1989, pp. 153-155.

⁷⁸ DUBOIS, op.cit., p. 206.

⁷⁹ JAMES, op.cit., pp. 179-180.

Sonthonax estaba confabulando para masacrar a todos los blancos de la colonia e independizarse de Francia; Sonthonax contestó acusando a Toussaint de tirano y supersticioso, diciendo que dependía de los sacerdotes contrarrevolucionarios de la colonia⁸⁰. Ambos negaron de manera abierta toda acusación y se defendían diciendo que el otro estaba, de una manera u otra, poniendo en peligro los derechos de los negros en Saint Domingue.

Con Sonthonax fuera de la colonia, el único comisario que quedaba en la isla era Julien Raimond, que obedecía todo mandato de Toussaint. Este último era ahora la máxima autoridad de Saint Domingue. Sabiendo que la clase burguesa estaba cobrando fuerzas y que cada vez había más voces que clamaban por la vuelta a la esclavitud en las colonias, y acosado por las acusaciones de Sonthonax, Toussaint envió una carta al gobierno de Francia, que ahora era llevado por el Directorio. Los términos que utilizaba eran contundentes:

“Francia no revocará nuestros principios, no nos retirará el mayor de sus beneficios. Nos protegerá contra todos nuestros enemigos; no permitirá que se pervierta su sublime moralidad, que se destruyan aquellos principios que más la honran, que se degraden sus más altos logros y que se revoque su Decreto del 16 de pluvioso que honra a toda la humanidad. Pero si, para restablecer la esclavitud en Santo Domingo, se pretendiese llevar esto a cabo, entonces declaro que sería aspirar a lo imposible: hemos sabido cómo enfrentarnos al peligro para obtener la libertad; sabremos afrontar la muerte para defenderla⁸¹.”

Para cuando llegó esta carta, los colonos que tanto temía Toussaint ya habían sido depuestos, y un pequeño golpe de Estado había devuelto el poder en Francia a un Directorio que ni siquiera soñaba con la posibilidad de traer la esclavitud de vuelta a las colonias. Sin embargo, la carta de Toussaint, las acusaciones de Sonthonax y el

⁸⁰ DUBOIS, op.cit., p.207; STEIN, op.cit., p. 168.

⁸¹JAMES, op.cit., p. 189.

miedo a que Saint Domingue se independizara acabaron por forzar su mano. Nombraron a un nuevo representante, Gabriel Marie Theodore Joseph d'Hédouville, que legalmente sería la autoridad máxima de Saint Domingue, con la intención de recuperar el control sobre la Española.

Mientras tanto, Toussaint dedicaba su atención a expulsar a Gran Bretaña de Saint Domingue de una vez por todas. A finales de 1796, tras tres años de guerra, los británicos habían perdido en las Indias Occidentales unos 80.000 soldados: 40.000 muertos y 40.000 heridos de gravedad⁸². Aliándose con Rigaud, jefe de los mulatos que dominaba el sur de la colonia, Toussaint logró siete victorias en siete días⁸³. Se encontraba en el proceso de negociación de la retirada británica de la isla cuando llegó Hédouville.

Éste tenía la autoridad teórica, pero a nivel práctico era Toussaint quien tenía el control sobre Saint Domingue. Durante las negociaciones con los británicos, desobedeció directamente a Hédouville al conceder amnistía a todos aquellos propietarios que habían servido en las milicias británicas pero las habían abandonado⁸⁴; más tarde negoció el resto de la retirada de manera independiente y sin contactar en ningún momento con Hédouville.

Con los ingleses finalmente fuera de la isla, muchos soldados bajo el mando de Toussaint eran ex-esclavos y se mostraban reacios a volver a trabajar en las plantaciones ahora que no había más guerras que luchar. Las acciones de Hédouville no ayudaron—Francia estaba obsesionada con devolver Saint Domingue a su vieja gloria y repoblar las plantaciones abandonadas. Con este fin, Hédouville obligó a los ex-esclavos a firmar contratos por los cuales accedían a permanecer en una única

⁸² *Ibidem*, p. 192.

⁸³ *Ídem*.

⁸⁴ DUBOIS, *op.cit.*, p. 217; PLUCHON, *op.cit.*, pp. 215-216.

plantación durante periodos de tres años (en comparación, Sonthonax había establecido contratos de tan sólo un año de duración) y trabajó para reducir el tamaño y el poder del ejército de Toussaint⁸⁵.

Toussaint estaba cada vez más molesto con Francia debido a todo esto. Las acciones de Hédouville parecían diseñadas para arrebatarle el poder que había logrado sobre la isla, y el temor a que la esclavitud volviera a Saint Domingue seguía en el aire. El objetivo de L'Ouverture era claro: con tal de defender la abolición de la esclavitud, se enfrentaría a la misma Francia.

“He lidiado con tres naciones, y las he derrotado a las tres. [...] He preservado este país para [Francia] hasta el día de hoy, pero si [Francia] me ataca, me defenderé⁸⁶.”

Hédouville entró en conflicto con uno de los oficiales que habían acompañado a Toussaint durante toda la rebelión, un ex-esclavo llamado Moïse. Esto fue la gota que colmó el vaso para Toussaint, que ordenó la detención de Hédouville. El 23 de octubre de 1798, éste volvía a Francia⁸⁷.

El asunto de la independencia de la colonia se agudizó con la política internacional de Toussaint. La economía de Saint Domingue todavía era débil y su recuperación pasaba por el comercio internacional —Estados Unidos se hallaba en un estado de “casi-guerra” con Francia y por lo tanto había detenido el comercio con ella; Gran Bretaña estaba directamente en guerra. Sin embargo, Toussaint realizó negociaciones con ambos Estados y mantuvo el comercio marítimo con los dos. Sus decisiones se basaban en el bien general de Saint Domingue, no de Francia; al igual que los propietarios blancos antes que él, que tanto querían mantener la esclavitud, Toussaint buscaba una

⁸⁵ *Ibidem*, pp. 220-221; pp. 223-225.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 222; pp. 241-243.

⁸⁷ DUBOIS, *op.cit.*, p. 222.

mayor autonomía y la capacidad de autogobernar la isla. La diferencia era, por supuesto, que Toussaint no quería volver al antiguo régimen esclavista⁸⁸.

Finalmente, Toussaint tomó por la fuerza el sur de Saint Domingue —bajo las órdenes del mulato Rigaud, que había sido aliado de Toussaint durante la mayor parte de la guerra— en una sangrienta guerra civil en 1798. Toussaint tenía la ventaja numérica (45.000 soldados contra los 15.000 de Rigaud) y pronto se hizo con la victoria; inmediatamente después tomó la parte oriental de la isla, el Santo Domingo español. Teóricamente éste había sido cedido a Francia durante el Tratado de Basilea, pero en realidad la administración española todavía lo controlaba. Hacia 1801, Toussaint lo había ocupado completamente⁸⁹. Toda la isla de la Española quedaba bajo su comando.

La política internacional de la Española requería un régimen fuerte de exportación e importación. La isla había sido famosa por su producción de café y azúcar y era difícil imaginar un destino diferente. En 1800, Toussaint decidió reestructurar sus prioridades: si el futuro de la isla pasaba por obligar a los ex-esclavos a volver a las plantaciones, que así fuera.

Su decreto era draconiano. El trabajo en las plantaciones se militarizó, empleando los mismos estándares de disciplina, obediencia y castigo en los campos que en el ejército mismo. Los trabajadores de las plantaciones no podían trabajar en las ciudades, no podían abandonar sus puestos y no podían desobedecer a sus superiores. Cualquier intento de escapar de esta vida que no pasara por unirse al ejército de Toussaint se criminalizó. Las mujeres sólo podían entrar en los cuarteles militares si estaban casadas con los soldados —y las mujeres que trabajaban en los campos no podían entrar en los cuarteles bajo ningún pretexto⁹⁰.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 226.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 238.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 239.

“Las plantaciones eran parte de la guerra para preservar la libertad y sus residentes debían aceptar su papel como soldados en esa guerra, así como la necesaria disciplina que implicaba⁹¹.”

Se prohibió el cultivo de terrenos pequeños (normalmente comprados por pequeños grupos de trabajadores que confiaban en poder cultivar lo suficiente para la autosuficiencia) porque no ayudaban a la economía de la isla. Sólo podían comprarse plantaciones mayores de tres hectáreas. La administración local debía supervisar toda venta de terreno para juzgar su tamaño y el fin al que estaban destinados. Esta ley aseguraba que sólo existieran dos clases sociales en la colonia: trabajadores sin tierra y propietarios ricos con enormes latifundios. Cualquier nivel intermedio quedaba declarado completamente ilegal⁹².

Los trabajadores ahora cobraban un sueldo —y Toussaint se aseguró de detener a cualquiera que osara decir que la esclavitud había vuelto a instaurarse, pues ésa no era su intención— pero la situación era tristemente similar a la que había existido antes de la Revolución Haitiana. Ahora, sin embargo, los grandes propietarios podían ser de cualquier raza. La aristocracia de la piel se había eliminado completamente y la aristocracia de la sangre no existía.

Sin embargo, esto no significaba que existiera igualdad en la isla, ni mucho menos. Aún quedaba mucho camino por recorrer.

Éste no es el final de la historia de Haití. Al mismo tiempo que Toussaint se coronaba como el hombre más poderoso de la isla, Napoleón Bonaparte subía al poder en Francia al otro lado del mar. La relación entre estos dos personajes, tan similares y tan diferentes al mismo tiempo, empezaría siendo amigable, pero pronto se amargaría.

⁹¹ Ídem.

⁹² *Ibidem*, p. 240.

Bonaparte intentó traer de vuelta la esclavitud a Saint Domingue. Toussaint se negó a aceptar esta ley, y el resultado de esta confrontación fue una guerra civil por la independencia de la colonia.

Toussaint moriría en este conflicto tras una traición por parte de Napoleón, que lo aprisionó en París cuando en teoría éste todavía gozaba de inmunidad diplomática. Sin embargo, Saint Domingue (que cambiaría su nombre a Haití) finalmente alcanzaría la independencia de Francia y se alzaría como su propio estado.

2. CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCIÓN

“Haití ya no permanecerá aislado entre sus hermanos. Se encontrará a la liberalidad y a los principios de Haití en todas las regiones del Nuevo Mundo.”

—Carta de Simón Bolívar a Alexandre Petión.

Es imposible exagerar la influencia que la Revolución Haitiana tuvo sobre el mundo en su totalidad.

No se puede participar en actos como la explotación o la trata de esclavos sin acabar por afectarse a la población general a nivel psicológico, incitando creencias de corte racista o clasista. Quizá se trata de un mecanismo de autodefensa —la despersonalización evita la empatía, facilita la tortura y el trato indigno— o quizá simplemente es necesario racionalizar, de una manera u otra esta actuación inhumana.

La necesidad de racionalización parece la explicación más procedente. Existen varios casos que claramente demuestran esta tendencia (el más famoso, sin duda, la explicación de índole religiosa destinada a justificar la esclavitud y calmar la conciencia de los propietarios y comerciantes de esclavos: el hombre blanco tiene alma, el hombre negro, no).

Esta despersonalización quedaba plasmada en la ley, instrumento que precisamente funciona como reflejo y expresión de los valores e ideales de la sociedad en los que se aplica. La ley define la sociedad, no al contrario —y el *Code Noir* francés, la Constitución americana y las “leyes especiales” de Napoleón dejan claro que la inferioridad del esclavo era un elemento importante de la psicología grupal de la época.

Precisamente es por esto por lo que la Revolución Haitiana causó tal impacto. Historias como la noche en la que Boukamm Dutty inspiró a los líderes a comenzar la rebelión,

o relatos sobre la violencia extrema con la que los negros masacraron a los blancos en los primeros días de la revuelta —demuestran una voluntad, una *necesidad*, de justificar el cómo se ha tratado a los esclavos hasta el momento. Porque, si los esclavos se rebelaban, esto mostraba que tenían voluntad propia. Si luchaban por sus derechos como seres humanos, obligaban al resto de la población a asumir el hecho de que *eran* seres humanos.

De ahí este vilipendio, y al mismo tiempo, esta fascinación. De ahí estas historias que hablan de magia negra y niños asesinados, de esclavos nobles y masas enaltecidas por el sentimiento revolucionario. La organización de la Revolución Haitiana, el ejército esclavo y sus rangos, sus líderes y su disciplina, eran suficientes para causar un terremoto ideológico que sacudiría el mundo.

Pero entonces, por supuesto, ocurrió lo impensable: los esclavos ganaron, lograron su libertad y —con el tiempo— su independencia.

¿Cómo podían reaccionar los demás Estados ante este suceso? Por tierra quedaba toda justificación, toda excusa o raciocinio que explique la inferioridad del esclavo. No sólo no están siendo explotados en contra de su voluntad, y no sólo son capaces de luchar por la libertad —sino que además habían salido victoriosos. La narrativa que la ley había plasmado durante tantos años quedaba destruida: los esclavos negros, en cierta forma, quedaban probados como iguales ante los blancos.

¿Quiere esto decir que con la Revolución Haitiana acabó la práctica de la esclavitud? Desgraciada (y obviamente) no. La esclavitud aún tardaría en desaparecer del mundo. Pero la Revolución Haitiana plantó la semilla que acabaría por germinar en la abolición general.

Cada Estado, y cada ley estatal, reaccionó de manera diferente. A continuación, se realizará un examen exhaustivo de los principales afectados.

2.1 — El constitucionalismo estadounidense

“We the People of the United States, in order to form a more perfect Union...”

—Constitución de los Estados Unidos.

La relación entre los Estados Unidos y el estamento de la esclavitud es larga y complicada. Desde el mismo inicio de las colonias, Gran Bretaña necesitaba un gran número de mano de obra para trabajar en las plantaciones de tabaco, algodón y demás. Eran economías de escala, con lo que cuanto mayor era la cantidad producida, mayor era el beneficio. Para cuando llegó el fin de la independencia de los Estados Unidos, por lo tanto, la esclavitud de negros de origen africano era una práctica tristemente común.

El origen del constitucionalismo estadounidense tiene sus raíces en conceptos económicos, no políticos. Tras la Guerra de los Siete Años en 1763, Inglaterra se encontró con la necesidad de aumentar sus ingresos para afrontar los múltiples gastos causados por los conflictos bélicos, y esta necesidad se suplió mediante el aumento de los tributos en las colonias.

La decisión, obviamente, no contentó a los mismos colonos —especialmente debido a que la decisión de aumentar los tributos la realizaba el Parlamento, en el cual las colonias americanas no eran representadas⁹³. Este conflicto quedaría resumido en el famoso lema: “*No taxation without representation*”, “no hay tributación sin representación”⁹⁴. Esta necesidad de rebelarse ante unos impuestos que consideraban abusivos acabó por desembocar de manera natural en la idea del autogobierno como

⁹³ GARAY MONTAÑEZ, Nilda. “La Revolución Haitiana en los Inicios del Constitucionalismo: La Cuestión de la Raza y el Sujeto Jurídico y Político” en *Historia Constitucional* [en línea]. 2014, n° 15, p. 279.

⁹⁴ GREENE, Jack P. *The Constitutional Origins of the American Revolution*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010, pp. 78-80.

un derecho natural. Desde el punto de vista americano, que la Metrópolis los gobernara sin que las colonias tuvieran ni voz ni voto se consideraba poco menos que tiranía. Por el mismo hecho de existir, las colonias merecían libertad.

Si el argumento resulta similar a la lucha de los esclavos por la abolición, es que lo es —la idea era el desafío al Antiguo Régimen, a la concepción de que determinadas personas o lugares eran superiores a otros, ya fuera por voluntad divina o por cualquier otro motivo. La prueba de este paralelismo entre las exigencias de los esclavos insurrectos de Haití y los independentistas estadounidenses se puede encontrar en la misma Declaración de Independencia de las trece colonias de 1776, que en su primera línea ya lee:

“We hold these truths to be self-evident, that all men are created equal, that they are endowed by their Creator with certain unalienable Rights, that among these are Life, Liberty and the Pursuit of Happiness. That to secure these rights, Governments are instituted among Men, deriving their just powers from the consent of the governed [...]”

(“Sostenemos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres son creados iguales, que son dotados por su Creador con determinados Derechos inalienables, que entre éstos están la Vida, la Libertad y la Búsqueda de la Felicidad. Que para asegurar estos derechos, los Gobiernos son instituidos entre los Hombres, derivando sus justos poderes del consentimiento de los gobernados.”)

La Declaración fue escrita por Thomas Jefferson y editada por Benjamin Franklin⁹⁵, y el significado de este segmento es inequívoco: la libertad y la igualdad del hombre son derechos innegables, inalienables, y comunes a toda persona. Esta retórica basada en los derechos naturales del hombre (entendidos como aquéllos que se poseen desde el nacimiento, por el simple hecho de ser humano) se convirtió en una de las armas

⁹⁵ PETERSON, Merrill. *Thomas Jefferson and the New Nation: A biography*. Oxford: Oxford University Press, 1987, p. 90.

dialécticas más empleadas por los independentistas estadounidenses de la época⁹⁶. El nacimiento de la idea del sujeto político, el ciudadano con derechos, probablemente se pueda encontrar en estas líneas.

El segundo gran documento de la independencia estadounidense fue, obviamente, la Constitución de 1787, y especialmente sus primeras palabras —“*We the People*”, “Nosotros el Pueblo”. Si la Declaración de Independencia había establecido que todos los hombres eran creados iguales, la Constitución establecía que los hombres tenían derecho a gobernarse a sí mismos. En la Declaración se establece que el Gobierno sólo puede gobernar porque los gobernados así lo consienten. La Constitución Estadounidense lleva esto un paso más allá: quien decreta la norma primigenia, aquélla que gobierna sobre todas las demás y sirve como base para todo el sistema del Estado, no es el Gobierno, o los representantes elegidos democráticamente, o ninguna figura dotada de ningún tipo de poder político. Es *el pueblo mismo*.

Y sin embargo, la esclavitud no cesó al independizarse las trece colonias.

Tanto desde un punto de vista religioso como desde uno de naturaleza más filosófica —o incluso metafísica— hacia falta algún tipo de argumento para racionalizar la contradicción inherente a este sistema. Si la mismísima Declaración de Independencia declaraba que “todos los hombres son creados iguales,” ¿cómo se justifica la existencia de la esclavitud? Era necesario crear alguna explicación por la cual los esclavos de origen africano (y los indígenas americanos) no fueran incluidos en este *Nosotros el Pueblo*, y la solución fue relegarlos a un nivel subhumano.

Uno de los presupuestos fundamentales para la imputación de derechos era el poseer talento y razón —por lo tanto, se teorizó acerca de la falta de estas dos características en los indígenas y los negros. El término empleado era el de seres “en estado de

⁹⁶ GARAY MONTAÑEZ, op.cit., p. 284.

naturaleza”. Todos los que no fueran blancos y propietarios no eran parte del Pueblo, eran “los otros”, y no tenían capacidad de gobernarse a sí mismos⁹⁷. La mismísima Declaración de Independencia, que tan orgullosamente declara que todos los hombres son creados iguales, en su Agravio 27⁹⁸ se refiere a los indígenas como “los habitantes de nuestras fronteras, los despiadados indios salvajes cuya conocida regla de guerra es vulgar, sin honor, que ocasiona destrucción sin distinción de edades, sexos y condiciones”. Quizá más explícito incluso, la jurisprudencia de la Corte Suprema interpreto la Constitución en 1857 de manera que los hombres negros no formaban parte del poder constituyente de los Estados Unidos. Oficialmente, al decir *Nosotros el Pueblo* se hablaba únicamente de los hombres blancos (Caso Dred Scott v. Sandford, 60 U.S. 393)⁹⁹.

¿Por qué se acabó cayendo en este tipo de retórica? Porque el objetivo de la élite que dirigió el proceso de independización de los Estados Unidos buscaba ante todo tomar el poder en las colonias, no transformar la sociedad norteamericana para que el ideal de la igualdad reinara soberano. La ley no es más que el reflejo de la sociedad que la redacta: los “otros” eran parte de la sociedad de la época; la jerarquización racial era una realidad. Por lo tanto, la ley se hacía eco de estas ideas, y empleaba toda explicación que pudiera justificar la contradicción¹⁰⁰.

Además, los colonos buscaban ante todo su propio beneficio. Cuando la Constitución de los Estados Unidos fue redactada, la institución de la esclavitud se mantuvo —a

⁹⁷ Ídem.

⁹⁸ La Declaración de Independencia de las Trece Colonias está estructurada como una lista de “Agravios” recriminados a la Metrópoli y al rey de Inglaterra, similar a la manera en que un Constitución suele estar formada por Artículos. El Agravio 27 en este caso sería, por tanto, el equivalente al Artículo 27 en cualquier otro documento jurídico.

⁹⁹ Ver *Ibídem*, p. 288

¹⁰⁰ VALERA SUANZES-CARPEGA, Joaquín. “Política y Constitución en la historia británica y estadounidense. Entrevista al Profesor Maurice Vile” en *Historia Constitucional* [en línea]. 2009, n°. 10, p. 546

pesar de que hubo voces en la Convención Constitucional que pedían la abolición— porque se consideró una necesidad. La prioridad era ante todo lograr la supervivencia del nuevo Estado. El término que se usa para referirse a esta actitud es el de *realpolitik* (“realismo político” en alemán): el pragmatismo, la política que ignora ideologías o ideas filosóficas y se basa únicamente en resultados o necesidades prácticas. No será la última vez que esta palabra surja al hablar de la relación entre Haití y Estados Unidos.

En términos objetivos, Estados Unidos se benefició en cierta forma de la revuelta en Saint Domingue —la compra de Louisiana sólo ocurrió porque, tras perder Saint Domingue, Napoleón Bonaparte perdió su interés sobre las colonias americanas— pero desde el mismo inicio de los conflictos en Saint Domingue, la posición general de la sociedad estadounidense era negativa: estas “revueltas negras” causaban sentimientos de desaprobación (la Revolución Haitiana no se entendía como una revolución propia en Estados Unidos, sino que se consideraba simplemente una reyerta más de esclavos en el Caribe). Esto era especialmente agudo en los Estados del Sur, ya que la economía del lugar dependía en gran medida de la esclavitud¹⁰¹.

Dos presidentes estadounidenses gobernaron durante el periodo que duraría la Revolución Haitiana. John Adams (segundo presidente de los Estados Unidos, tras George Washington), que subió al poder en 1797, y Thomas Jefferson, que le sucedió en 1801 y gobernó hasta 1809.

John Adams se mostró simpatizante con la Revolución Haitiana. Era un personaje liberal, fiel a sus convicciones morales, humanista, y se consideraba a sí mismo como “el peor enemigo de la esclavitud sureña¹⁰²” de Estados Unidos; por lo tanto, no tuvo ningún problema en empezar relaciones comerciales con Toussaint L’Ouverture. En

¹⁰¹ GARAY MONTAÑEZ, op.cit., p. 288.

¹⁰² NAGEL, Paul C. *John Quincy Adams: A Public Life, a Private Life*. Harvard: Harvard University Press, 1999, p. 348.

particular, Adams fue el responsable de enviar tropas y navíos que ayudaron a los negros insurrectos a derrotar a las fuerzas francesas en Saint Domingue durante su mandato y siempre se mantuvo de parte de los ex-esclavos.

El motivo de este apoyo, sin embargo, era más pragmático que idealista: el comercio con Saint Domingue era lucrativo. En 1798 el Congreso suspendió relaciones comerciales con Francia (la llamada Casi-Guerra entre los dos Estados). Saint Domingue era por aquel entonces parte de Francia, pero Toussaint ya buscaba el beneficio de la colonia y no el beneficio francés al gobernar la isla —escribió a John Adams quejándose de que los barcos estadounidenses que hasta ahora habían intercambiado café y azúcar por provisiones varias habían desaparecido. En 1799, el Congreso aprobaba un acta por la que se permitía al presidente reabrir relaciones comerciales con Sain Domingue¹⁰³.

Jefferson habría continuado con esta política de comercio con Saint Domingue, pero dos sucesos se lo impidieron: la conspiración de Gabriel de 1800 y el Plan de Pascua de 1802. En ambas, esclavos de Virginia (patria de Jefferson, a la que éste siempre se mantuvo leal) se sublevaron e intentaron destruir la institución de la esclavitud —y los rumores decían que esta revuelta había sido inspirada, o incluso liderada, por misionarios provenientes de Saint Domingue¹⁰⁴.

Estas revueltas y el miedo general hacia las consecuencias de la Revolución Haitiana tuvieron entonces el efecto contrario al que uno pudiera esperar. Al encontrarse con una prueba fehaciente de que los negros africanos poseían raciocinio y eran perfectamente capaces de autogobernarse, los esclavistas se cerraron a cualquier tipo de evolución social y doblaron sus esfuerzos por incentivar la esclavitud y la trata de

¹⁰³ DUBOIS, op.cit., pp. 223-224.

¹⁰⁴ MATTHEWSON, Tim. “Jefferson and the Nonrecognition of Haiti” en *Proceedings of the American Philosophical Society* [en línea]. 1996, vol. 140, nº 1, p. 25.

personas —ejemplo clásico de reacción ante una revolución esclava.

El motivo era principalmente el miedo. En Virginia, sobre todo, existía la creencia de que apenas habían logrado escapar de una revuelta similar a la Revolución Haitiana; si bien para los esclavos negros esto era un rayo de esperanza y un símbolo de que su libertad podía ser conseguida, para los esclavistas era poco más que un horror. La retórica que surgió de estos sucesos acabaría por esparcirse por todo el sur de Estados Unidos y cambiar de manera total la manera en la que se veía la situación de los esclavos.

La esclavitud, explicaban los esclavistas, no era la causa de estas revueltas. El único motivo por el que los esclavos no se contentaban con su posición social era porque *otros* les inculcaban sentimientos antiesclavistas, de igualdad y abolición. Esto es lo que había ocurrido en Saint Domingue, que se había visto “contagiada” por los ideales de la Revolución Francesa. El estado natural del esclavo era el de total sumisión. Cualquier ejemplo de lo contrario se debía a una contaminación externa que debía ser eliminada¹⁰⁵.

De esta lógica seguía lo siguiente: la esclavitud debía ser parte esencial y permanente de la cultura americana. La única manera de evitar masacres como la de la Española era asegurar que el sentimiento abolicionista no plantaba raíces en su cultura.

La ley es el reflejo de la sociedad, y Jefferson adoraba Virginia. A la hora de formular la política estadounidense relativa a Haití y su situación, Jefferson se limitó a seguir la voluntad del pueblo. Sus creencias personales respecto al asunto eran complicadas: odiaba a los esclavos rebeldes (los llamaba “los caníbales de la república terrible” y los

¹⁰⁵ OHLNE, Howard. “Slavery, Economics and Congressional Politics, 1790” en *Journal of Southern History* [en línea], 1980, nº 46, pp. 335-360; MATTHEWSON, op. cit., p. 26.

llamaba asesinos)¹⁰⁶ pero en su correspondencia privada se había mostrado contrario a la esclavitud. Era francófilo dados los años que había pasado en París como embajador, pero cuando Napoleón subió al poder se puso en contra de Francia.

Las actuaciones de Jefferson, en otras palabras, respondían menos a una ideología constante que a la simple realidad del pragmatismo, del *realpolitik*. Los esclavistas no veían lo que había ocurrido en Saint Domingue con buenos ojos y querían mantener la esclavitud, conque Jefferson siguió estas directrices. Cortó cualquier tipo de vínculo diplomático con Haití —Dessalines le mandó una carta proponiendo una relación de amistad, que Jefferson ignoró— y sólo mantuvo las relaciones estrictamente comerciales (no confiaba en Bonaparte; historiadores como Matthewson aseguran que la política comercial de Jefferson y la ayuda estadounidense fue lo que permitió a Haití lograr su independencia).

La independencia de Haití fue donde Jefferson puso su límite. Se negó a reconocer la República Haitiana como independiente de Francia a pesar de que su actuación la había ayudado, e impuso un embargo sobre cualquier relación comercial con los rebeldes. Hasta 1820 este embargo no se levantaría. En cuanto al reconocimiento oficial de Haití como Estado Independiente sólo llegaría en 1862, cuando los Estados esclavistas desertaron de la Unión¹⁰⁷.

¿Cuál fue entonces, en resumen, la reacción de Estados Unidos ante la Revolución Haitiana? Mayormente negativa. El Sur dependía demasiado de los esclavos para mantener su economía y Jefferson dependía demasiado del Sur. Las historias de los negros rebeldes que habían demostrado al mundo su capacidad de autogobernarse y su igualdad con el hombre blanco no lograron convencer a los esclavistas de que su posición era incorrecta —únicamente lograron que redoblaran sus esfuerzos para

¹⁰⁶ GARAY MONTAÑEZ, op.cit., p.289.

¹⁰⁷ MATTHEWSON, Tim, op.cit., p.37.

mantener a sus esclavos en las plantaciones. Nada excepto una Guerra Civil logró cambiar esta mentalidad.

2.2 — La Revolución Francesa y los derechos del hombre y del ciudadano

Igualdad, Libertad, Fraternidad, o Muerte.

—Lema de la Revolución Francesa y movimiento de la independencia Haitiana.

El origen de la esclavitud en la sociedad francesa es predecible; pocas cosas pueden causar que los seres humanos traten a otros como meros objetos de manera tan eficiente como la esperanza de conseguir beneficios. El descubrimiento de las Américas y el comienzo de la etapa colonial coincidió en el tiempo con un incremento de la popularidad del azúcar —a partir del año 1760, en concreto, la exportación del mismo sufrió una explosión económica; algunos historiadores se refieren a este espacio temporal con términos como “la edad de plata del azúcar¹⁰⁸”. De este *boom* se beneficiaron sobre todo la Gran Bretaña y Francia coloniales (motivo por el cual cada una fue la gran rival económica de la otra durante el siglo XVIII)¹⁰⁹. En cuanto a cómo se beneficiaron, la respuesta es tristemente obvia: el cultivo del azúcar requería una gran cantidad de mano de obra, y el trabajo de su cultivo y procesamiento era particularmente duro. El uso de la esclavitud, la mano de obra barata por excelencia, era obvio.

El racismo ciertamente ayudó a establecer este sistema. Los esclavos negros se trasladaban desde África hasta América para cultivar azúcar en masa, comenzando el ya famoso comercio triangular de esclavos de la época. La relación entre la trata de personas y el racismo es particularmente compleja en este caso —el racismo le daba al

¹⁰⁸ WALLERSTEIN, Immanuel. *El moderno sistema mundial III. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*. Madrid: Siglo XXI, 1999, p 295; GARAY MONTAÑEZ, op.cit., p. 290.

¹⁰⁹ HOBSBAWM, Eric. *La Era de la Revolución 1789-1848*. Barcelona: Crítica, 2012, p. 67.

tráfico de esclavos una justificación a nivel moral o personal, y la trata de esclavos otorgaba al racismo una aplicación práctica¹¹⁰. ¿Quiere esto decir que el racismo tiene su origen en la trata de esclavos? No exactamente. Sin embargo, algunos historiadores defienden que las bases teóricas de la discriminación racial fueron sentadas por la filosofía política esclavista¹¹¹.

Lo cual no quiere decir que la sociedad francesa se mostrara de acuerdo con la esclavitud a nivel abstracto. La Revolución Francesa —que abogaba por la igualdad de todos los hombres, al menos en teoría— estuvo inspirada al fin y al cabo por la Ilustración, que ya defendía valores contrarios en esencia a la trata de personas. Así, *L'Encyclopédie o Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* de Diderot y Alembert defendía la concreta y universal noción de la libertad en artículos como “el derecho natural”, “población” o “esclavitud”. Ésta última se atacaba en la obra mediante un criterio abstracto y universal: si todos los humanos están caracterizados por su habilidad para razonar, y la esencia de esta capacidad universal es nuestro libre albedrío, es por tanto imposible para cualquier humano el alienar esta libertad hacia un dueño. De ocurrir esto, el ser humano se convertiría en un animal, “una imposibilidad lógica”¹¹².

Pero el argumento era puramente teórico y carecía de efectos prácticos. *L'Encyclopédie* se limitaba a mostrar un razonamiento lógico y abstracto y esperaba que, una vez la gente leyera su crítica, la esclavitud desapareciera por arte de magia¹¹³. Una simple declaración de repugnancia no bastaba para acabar con las penurias de los esclavos — la esclavitud podía ser una imposibilidad lógica, pero seguía siendo una realidad física.

¹¹⁰ GARAY MONTAÑEZ, op.cit., p. 291.

¹¹¹ Ídem.

¹¹² NESBITT, Nick. “The Idea of 1804” en *Yale French Studies: The Haiti Issue: 1804 and Nineteenth-Century French Studies* [en línea]. 2005, nº 107, p. 15.

¹¹³ Ídem.

Cambiar radicalmente un sistema económico y social se percibía como extremadamente complicado, y exigía mucho más esfuerzo que un simple rechazo teórico.

Hay quien intentó seguir los pasos que mandaba esta apelación a la razón y a la abolición general. La *Société des Amis de Noirs* fue fundada en París en 1788, y existían múltiples francmasonerías (grupos organizados formados tanto por hombres como por mujeres) que debatían entre ellos por los derechos para todas las personas. Estas agrupaciones tomarían un papel activo en la Revolución Haitiana, siendo los principales defensores de la abolición de la esclavitud y de la libertad de los mulatos y los libertos¹¹⁴, pero sólo adquirirían un poder relevante una vez los esclavos haitianos ya habían tomado la iniciativa.

Cuando llegó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, la esclavitud llevaba ya mucho tiempo establecida. La declaración se considera el símbolo del constitucionalismo revolucionario —es el conjunto de peticiones del hombre burgués de 1789— pero, al igual que la Declaración de Independencia americana, su objetivo no era cambiar la sociedad para volverla más igualitaria o democrática¹¹⁵. La cuestión aquí era eliminar los elementos jerárquicos de la sociedad, desafiar la idea de la aristocracia de la sangre y demostrar que el reinado arbitrario de los nobles no tenía cabida en una región que acabaría por convertirse en el modelo de todo Estado de Derecho. Y si para lograr este objetivo se empleaba un lenguaje que daba a entender la universalidad de los conceptos de igualdad o dignidad, era debido a un simple pragmatismo retórico: exigir trato igual a las castas superiores manteniendo a las castas inferiores en un estado de opresión es, necesariamente, menos convincente que una simple llamada a la igualdad de toda la humanidad.

¹¹⁴ GARAY MONTAÑEZ, op.cit., p. 292.

¹¹⁵ GARAY MONTAÑEZ, op.cit., p.291.

La Revolución Francesa significó el paso de un reinado aristocrático a un dominio de la sociedad por parte de los burgueses: no es entonces de extrañar que la idea de la propiedad privada se convirtiera en un concepto de capital importancia para los revolucionarios. El artículo 17 de la Declaración lo nombraba como un derecho sagrado e inviolable, y en cierta forma la base de todo el constitucionalismo revolucionario. Si la independencia americana establecía que el ser humano era libre y capaz de autogobernarse, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 consagró al sujeto que se presumía libre *porque era propietario*¹¹⁶.

Es en este contexto cuando los rebeldes haitianos, inspirados en cierta forma por esta retórica ecualizadora de la Revolución, se alzan contra sus amos. Aquí surgen ciertos problemas para la Revolución Francesa.

Que los esclavos no gozaran de las mismas libertades que los ciudadanos franceses era en cierta forma lógico si se sigue el razonamiento de la época. Los principales beneficiarios de la Revolución Francesa fueron en principio los burgueses, negociantes ricos que querían aumentar su riqueza. Las exportaciones de azúcar y el capitalismo colono eran sin duda alguna los negocios más lucrativos del mundo, y la economía de las colonias precisaba mano de obra barata para prosperar y competir con Gran Bretaña. Además, poseer propiedades era una de los factores que definían al sujeto de Derecho —los esclavos no sólo no tenían suficientes propiedades para ser relevantes, sino que *ellos mismos eran propiedad*.

Pero además de todo esto, había claramente un componente racial en esta oposición a los esclavos, a su abolición, o a sus derechos en general. Ya se ha dicho que la relación entre el comercio de esclavos y el racismo era complejo y bilateral: nunca queda esto más claro que cuando se examina el trato que los mulatos y los libertos recibieron antes de y durante la Revolución Haitiana.

¹¹⁶ Ídem.

Ya se ha comentado que la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano representaba el conjunto de peticiones del hombre burgués de la época. Parte de la tensión social existente en Saint Domingue venía del desequilibrio entre el poder político de los mulatos y libertos y su número. Si bien estaban por encima de los esclavos, no cabía duda alguna de que los propietarios blancos eran sus superiores. Y los propietarios blancos querían mantener este *status quo*.

¿Se aplicaban los derechos de la Declaración a los mulatos, entonces? Éstos no eran esclavos y podían tener propiedades, con lo que en teoría deberían haber estado en posiciones similares a los blancos. En diciembre de 1791, un grupo de soldados y comisarios pidieron a la Asamblea Nacional que efectivamente extendieran los efectos de la Declaración a los mulatos y negros libres¹¹⁷ (cabe mencionar que en su petición incurrirían en la misma hipocresía que sus congéneres parisinos: su argumento se hacía eco de la igualdad universal de los hombres, pero excluían a los esclavos sin prestarles mayor atención).

La respuesta de la Asamblea fue, en palabras de Nick Nesbitt, “brutal, cínicamente simple”: los derechos de la Declaración eran universales; sin embargo, Saint Domingue estaba separada de Francia por el océano y contaba con su propia población, formada por negros, blancos, mulatos, esclavos y un sinnúmero de combinaciones distintas. Y debido a esta particular estructura sociológica, la colonia necesitaba su propia normativa local relativa a la existencia de los esclavos. Los derechos “universales” sólo se aplicaban a la Francia metropolitana¹¹⁸.

No es sorprendente que la población mulata se uniera a la Revolución Haitiana y formara su propio bando. Rigaud, el líder mulato por excelencia, dominaría el sur de la colonia hasta que Toussaint finalmente lo derrotó una vez se propuso unificar toda la

¹¹⁷ NESBITT, *op.cit.*, p. 19.

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 20.

isla bajo su mano. El gobierno parisino evitó la cuestión de los derechos mulatos durante todo el tiempo posible, y sólo la abordó de manera directa —otorgando a los mulatos y negros libres la ciudadanía francesa completa, igualándolos a los hombres blancos— en 1792, cuando no quedaba otra opción y el principal objetivo era mantener el orden en Haití¹¹⁹.

En cuanto a la esclavitud, Francia sólo la aboliría de manera oficial en 1794. Para aquél entonces, Sonthonax ya la había abolido localmente en Saint Domingue sin consultarlo primero al Gobierno central —y el Gobierno central sólo ratificó esta propuesta porque los británicos estaban tomando Saint Domingue, los españoles llevaban ya tiempo atacando a la colonia y poner a los rebeldes esclavos de su parte era una necesidad tanto económica como logística.

Éste no fue el fin de la esclavitud en la República Francesa. Napoleón, al subir al poder, intentó hacerse con el control absoluto sobre Saint Domingue y reinstaurar la esclavitud a la fuerza —y tras lograr apresar a Toussaint acabó por ser derrotado por Dessalines, su segundo al mando. Sólo entonces logró Haití la independencia, y sólo entonces se vio liberada del dominio francés y de la amenaza de la esclavitud.

¿Cuál fue entonces, en resumen, la influencia de la Revolución Haitiana sobre el constitucionalismo francés? Principalmente, la obligó a aplicar sus principios liberales a personas no blancas. Los burgueses parisinos estaban en contra de la aristocracia de sangre porque iba en su contra, pero la aristocracia de piel les beneficiaba. Como resultado, durante dos años, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano clamaba unos ideales y unos principios por los que debía regirse la ley que se ignoraban cuando era conveniente.

¹¹⁹ SOLÉ, Jacques. *Las Revoluciones de fin del Siglo XVIII en América y en Europa*. Ciudad de México: Siglo XXI, México, 2008, p. 105; GARAY MONTAÑEZ, op.cit., p. 296.

El movimiento abolicionista, cabe recordar, acabó por cobrar gran fuerza en París en el momento álgido de la Revolución. Quizá ésta fue la mayor paradoja del movimiento revolucionario francés: era al mismo tiempo burgués e ilustrado, buscaba tanto los beneficios como los ideales intelectuales y morales. Mantenía la esclavitud, pero defendía la igualdad.

La Revolución Haitiana ayudó a inclinar la balanza hacia el lado de la igualdad. Al destacar la capacidad de los ex-esclavos negros de defender su colonia, de gobernarse a sí mismos y de luchar por sus ideales, demostraron a nivel intelectual que la esclavitud no tenía sentido. A nivel pragmático, su constante lucha y su creciente relevancia en el conflicto internacional que acosaba Saint Domingue hicieron que la abolición de los esclavos fuera más útil para la economía francesa que el mantenimiento de mano de obra forzada.

2.3 — Venezuela, Nueva Granada, Latinoamérica y Simón Bolívar

“Sepa, señor, que para que salga victoriosa su revolución, no hay sino dos cosas que hacer: ¡Cortar las cabezas de todos sus enemigos y prender fuego en todas partes!”

—Magloire Ambroise, a Francisco de Miranda.

Las noticias de la Revolución Haitiana sacudieron medio mundo. Historias sobre esclavos alzados en armas aterrorizaban a los propietarios esclavistas de la época, rumores sobre la posibilidad de una guerra racial aumentaban la tensión en lugares donde el racismo estaba institucionalizado y esclavos en todo el mundo veían Haití como un estandarte de su posible libertad.

Pero en el Gran Caribe, Haití se volvió un símbolo importante, no tanto por su significado en aras de la libertad y la igualdad universales como por el hecho de que fue una colonia que, igual que Estados Unidos, logró alcanzar la independencia de la metrópoli con poca cosa más que sangre y perseverancia.

Las sociedades de Venezuela y Nueva Granada (más tarde Colombia) notaron desde el principio los efectos de la Revuelta Haitiana. El constante influjo de noticias, datos e inmigrantes a la región por parte de la colonia de Saint Domingue implicó una circulación de ideas que influenciaron tanto a los sectores populares como a algunos criollos republicanos que buscaban la independencia de España¹²⁰. Entre 1791 y 1799 se dieron en ambos territorios varias revueltas de esclavos —que invocaron explícitamente en varias ocasiones el espíritu y los ideales de Saint Domingue, si bien

¹²⁰ MARTÍNEZ PERIA, J.F. “Entre el terror y la solidaridad: La influencia de la revolución haitiana en las independencias de Venezuela y Nueva Granada (1804-1825)” en *Anuario del Instituto de Historia Argentina* [en línea]. 2016, vol. 16, n°1, p. 2.

nunca llegaron a alcanzar el éxito de la Revolución Haitiana¹²¹.

¿Estuvieron absolutamente todas las revueltas de esclavos post-Revolución Haitiana directamente inspiradas por Saint Domingue? Lo más probable es que no. La situación de los esclavos era pésima en todo el mundo, ya que la misma institución de la esclavitud implicaba un trato deshumanizante. Haití implicó un rayo de esperanza para los esclavos que ansiaban la libertad y erradicó a nivel empírico la idea de que la diferencia racial simbolizaba una inferioridad por parte de los negros africanos —pero es probable que los esclavos ya hubieran considerado una revuelta contra sus amos mucho antes de que la Revolución Haitiana llegara a sus oídos.

Para los propietarios esclavistas, sin embargo, Saint Domingue consistía en un demonio al que exorcizar de sus terrenos. La trata de esclavos de la época, recordemos, estaba íntimamente ligada al racismo; resultaba mucho más sencillo pensar que cualquier idea rebelde de los esclavos estaba íntimamente ligada a la influencia de la colonia rebelde francesa antes que suponer que los esclavos, por su propia voluntad y raciocinio, querían ser tratados como seres humanos.

Así, las autoridades y las élites caribeñas sintieron pánico ante las noticias de los rebeldes haitianos e instauraron un “cordón sanitario”, “con la intención de evitar el contagio revolucionario en aquellas colonias”. Fortalecieron la seguridad externa e interna y apagaron con extrema intensidad cualquier intento de revuelta por parte de los esclavos¹²².

La idea de una revuelta esclavista no llamaba la atención de los independentistas americanos que se oponían a España (muchos tenían esclavos, y el racismo no era desconocido entre ellos) pero una vez Haití logró la independencia de Francia en 1805,

¹²¹ Ídem.

¹²² Ídem.

el país se convirtió en un ejemplo a seguir. Francisco de Miranda, figura importantísima de la independencia venezolana, lideró una expedición en 1806 que, si bien acabaría por ser infructuosa, significaría la primera expedición seria en nombre de la liberación de Venezuela del dominio español.

Esta expedición estuvo íntimamente relacionada con Haití desde sus mismos comienzos. Miranda quería que la revolución venezolana fuera ordenada y relativamente moderada, más similar a la estadounidense que a la haitiana¹²³. El miedo a un “conflicto racial” o a una masacre tan grande como la de Saint Domingue —las noticias de la época tendían a agravar las supuestas aberraciones que los ex-esclavos habían realizado durante el conflicto— hicieron que prefiriera la ayuda estadounidense o británica antes que la haitiana. Sin embargo, Estados Unidos tenía por aquel entonces relaciones comerciales con Haití, y Miranda acabó por ir a la isla a abastecerse.

¿Quiere esto decir que por aquél entonces Miranda ya veía a Saint Domingue con buenos ojos? Nada más lejos de la realidad. Los hombres libres de Latino América demonizarían las ocurrencias de Haití durante muchísimo tiempo, especialmente de manera oficial. Sólo suavizaron su perspectiva hacia la colonia una vez sus ideales coincidieron de manera directa. Por el momento, sin embargo, la idea de una revuelta sangrienta aterrorizaba a Miranda, que se aseguró de desmentir el rumor de que quería abastecerse con 5.000 mulatos haitianos para la guerra¹²⁴.

La ayuda de Haití a la primera expedición de Miranda consistió en un pequeño número de auxilios y refuerzos. Lo que más llama la atención de esta expedición no fue tanto su resultado como la reacción que causó en los fieles a la corona española —sabiendo que Miranda había recibido ayuda de Haití, y aterrorizados por lo que esto podía suponer para Venezuela, sometieron a los prisioneros a duros interrogatorios en los que

¹²³ *Ibíd.*, p. 3.

¹²⁴ *Ídem.*

preguntaron obsesivamente sobre el rol que la isla había tenido sobre la incursión¹²⁵.

La simple mención de Saint Domingue y lo que ahí había ocurrido era suficiente para causar terror en todo aquél que tuviera esclavos. Sin embargo, si bien en Estados Unidos esto resultó en un empeoramiento de la situación general de los esclavos, en Latinoamérica ocurrió precisamente lo contrario: con tal de evitar una matanza similar a la de Saint Domingue, los propietarios estaban dispuestos a reducir el impacto que el racismo y el sistema de castas tenían en la sociedad.

Por supuesto, no todo fue tan sencillo. Este cambio social tan radical fue facilitado por la situación del momento, que de por sí ya se encontraba en un estado de mutación. En Venezuela, la crisis española de 1810 (cuando la Junta Central se disolvió para dar paso al Consejo de Regencia) causó que una fracción de la élite venezolana despusiera a las autoridades y erigiera su propia junta. No compartían la gran mayoría de sus ideales — espíritu independentista, ideas políticas, etcétera— pero todos estaban de acuerdo en que era necesario evitar a toda costa una situación similar a la de Haití. Dado que los conflictos sociales con los mulatos habían jugado una gran parte en la Revolución Haitiana, se nombró a un criollo para formar parte de la Junta y se les aumentó el salario a las milicias de pardos¹²⁶ (nombre que se daba a los mulatos allí). Luego, para congraciarse con Gran Bretaña, se prohibió el comercio de esclavos.

La independencia de Venezuela se declaró en 1811. Tras una serie de levantamientos y conflictos, la Constitución Venezolana se proclamaba a finales del mismo año. Como siempre, cualquier tipo de levantamiento o presión social causada por cuestiones de raza o libertad traían ecos de la revuelta de Saint Domingue, aterrorizando a aquéllos en el poder. Ante la dunde, prefirieron la cura en salud: la Constitución garantizaba la

¹²⁵ Ídem.

¹²⁶ *Ibíd.*, p. 4.

esclavitud, sí, pero concedía igualdad a todos los mulatos¹²⁷.

En junio de 1812 comenzó una revuelta masiva de esclavos y mulatos. Al principio se aliaron con los realistas, fieles a España, de manera similar a como los esclavos Haitianos se aliaron con el rey francés en un principio —pero pronto se enfrentaron a todos los blancos por igual. No queda claro si el asunto fue directamente inspirado por lo ocurrido en Haití, pero así es como lo identificaron los blancos de la época, y testimonios y documentación de la época así lo sugieren. El conflicto fue demasiado para Venezuela, y la Primera República llegó a su fin a finales del mismo año.

En cuanto a Nueva Granada (la Colombia actual) su evolución histórica fue similar en cierta forma: en 1811 se impuso la declaración de la independencia y en 1812 una Constitución que establecía la república, prohibía el tráfico de esclavos, creaba una junta que debía promover la abolición gradual de la esclavitud y declaraba la ciudadanía de los mulatos¹²⁸. ¿Cuál era el motivo de estos cambios tan importantes? El mismo que en Venezuela: el miedo a una revolución, a una guerra racial, similar a la de Saint Domingue. Ante la duda, era mejor hacer todo lo posible por evitar la tragedia.

Pero la influencia del constitucionalismo haitiano no se limitó únicamente a la indirecta amenaza de conflictos futuros inspirados por la guerra en Saint Domingue. Haití acabaría tomando un papel mucho más activo y directo en el proceso de independización y constitucionalización de las Américas Españolas.

El causante en cierta forma de esta participación a gran escala no fue otro que Simón Bolívar. Probablemente el único personaje de la época equiparable a Napoleón Bonaparte o Toussaint L'Ouverture, el Libertador intentó encontrar apoyo en el gobierno británico para luchar contra el control español de las Américas, pero una vez

¹²⁷ Ídem.

¹²⁸ Ibídem, p. 6.

se dio cuenta de que sólo podía encontrar indiferencia por parte de Gran Bretaña, se dirigió a Haití para buscar ayuda¹²⁹.

El entonces presidente de Haití, Alexandre Petión, se mostró solidario con los ideales de Bolívar. Al fin y al cabo, Haití también había sufrido la opresión de una metrópoli que abusaba de su territorio debido al sistema colonial, y entendía lo que significaba buscar el autogobierno. A cambio de abastecer a Bolívar con armas, municiones y buques, Petión sólo pidió la declaración de la abolición de la esclavitud en Tierra Firme¹³⁰.

¿Era Bolívar antiesclavista? Dado que hasta ese momento él mismo era dueño de esclavos¹³¹, lo más probable es que no. Pero donde Gran Bretaña se había mostrado completamente indiferente, Haití aportaba ayuda. Y lo que es más: la isla era la prueba viviente de que la esclavitud consistía en un sinsentido lógico y filosófico. La esclavitud estaba basada en la despersonalización y la sensación de superioridad de un grupo social frente a otro en base a conceptos como la piel o el lugar de nacimiento; eran exactamente los mismos ideales que los independentistas como Bolívar querían eliminar respecto a las Américas y España.

Tanto la Revolución Francesa como la Independencia de Estados Unidos habían caído en esta contradicción interna. Gracias a Haití, éste no fue el caso en Latinoamérica. Quizá en cierta forma esta decisión de acceder a luchar por la abolición tuvo algo de pragmatismo —Bolívar ciertamente necesitaba toda la ayuda que podía obtener— pero no se puede negar que se cumplió la promesa. No sin falta de oposición, y a pesar de que aún temía la guerra racial y buscaba evitar a toda costa un conflicto similar al de Saint Domingue, Bolívar optó a partir de entonces por la abolición total de la esclavitud

¹²⁹ *Ibidem*, p. 9.

¹³⁰ *Ídem*.

¹³¹ *Ídem*.

tras todas sus victorias militares.

Esta ayuda directa se mantuvo durante varios años. Haití ofreció abastecimiento y soldados a las incursiones de Bolívar mientras éste se lanzaba a liberar Venezuela y Nueva Granada, y Bolívar se deshacía en halagos hacia Petión siempre que podía, tanto en público como en privado. La situación latinoamericana era rocosa y frágil. Si bien finalmente lograron la independencia, lo más probable es que no hubieran sido capaces de hacerlo si no hubiera sido por el apoyo directo haitiano.

Con el tiempo, las relaciones de las Américas españolas con Haití se enfriaron. La paranoia resultante de la guerra racial que había tenido lugar en Saint Domingue nunca desapareció; criollos, blancos, republicanos y monárquicos tendían a acusar a los demás de conspirar con ex-esclavos haitianos a menudo. Si bien durante la época de guerras una alianza con Haití había sido beneficiosa y apoyada, en tiempos de paz los viejos miedos resurgieron y dificultaron cualquier tipo de alianza explícita.

Pero aún así, la influencia de la Revolución Haitiana siguió viva en el constitucionalismo latinoamericano. Bolívar mismo propuso para Bolivia, Perú y Colombia una constitución basada principalmente en la carta magna de Petión (más centrada en la idea de la presidencia vitalicia que en la de la abolición, eso sí)¹³² y la idea de la abolición y la paz entre clases hicieron mella en la sociedad. Quizá la abolición directa y total no se estableció de manera súbita como en Saint Domingue, pero definitivamente se dieron pasos en la dirección adecuada. La contradicción de una independencia pro-esclavista no fue ignorada como en Francia o en Estados Unidos. La revuelta de los esclavos y su brutal venganza en búsqueda de la libertad se asumieron, no como una justificación de la institución de la esclavitud y una condena a cualquier idea del abolicionismo, sino precisamente como una excusa para debatir sobre el acto de tener esclavos desde un mismo principio.

¹³² *Ibíd.*, p. 14.

Los motivos fueron más cercanos al miedo que a la admiración, y Haití acabó como un Estado paria en la política internacional una vez sus antiguos aliados decidieron que era demasiado arriesgado mantener relaciones diplomáticas de cualquier tipo; pero una cosa es cierta: Latinoamérica nunca olvidó lo ocurrido en Haití.

3. CONCLUSIÓN

“La libertad natural es el derecho que ha otorgado la naturaleza a cada uno de nosotros para disponer de sí mismo conforme a su voluntad. [...]”

El esclavo, un instrumento en manos de la maldad, se considera inferior al perro que el español azuzó contra el americano. [...] Estas son verdades memorables y eternas: el fundamento de toda moralidad, la base de todo gobierno; ¿se protestará contra ellas? ¡Sí! [...]”

—Abate Raynal, *Philosophical and Political History of the Establishments and Commerce of the Europeans in the Two Indies.*

La Revolución Haitiana de 1791 tiene el dudoso honor de ser posiblemente el suceso histórico ignorado más importante de todos los tiempos.

Los sucesos que siguieron a aquella reunión dirigida por Boukman Dutty en la parte norteña de Saint Domingue en 14 de agosto destacaron tanto por su trascendencia como por su complejidad. La descripción básica de lo que ocurrió —la primera y única revuelta de esclavos exitosa del Caribe— elimina los detalles y las sutilezas del conflicto, pero ante todo, no deja entrever lo que probablemente sea la característica más importante de la Revolución Haitiana: no fue sencilla. Fue brutal, fue impredecible, fue contraria a la filosofía de la época, fue una lucha constante por la libertad y un rompecabezas ideológico y, ante todo, fue caótica.

La revuelta de esclavos ocurrió en un contexto de amplísima tensión social entre blancos ricos, blancos pobres, negros libres y negros esclavizados. La Revolución Francesa hacía arder Europa al otro lado del océano y nuevas ideologías que hablaban

de la libertad y la igualdad del hombre desafiaban los principios fundamentales de una sociedad que hasta el momento había sido definida por su sistema de castas; en cierta forma, la Revolución Haitiana puede considerarse como una inevitabilidad del momento. Pero la simple voluntad de una población reprimida tiende a no ser suficiente para cambiar el sistema. Si la Revolución Haitiana acabó por triunfar, fue principalmente porque se dieron una serie de circunstancias extraordinarias al mismo tiempo que posibilitaron este desenlace.

La riqueza de Saint Domingue, la perla del Caribe, era una de ellas. La colonia era el orgullo de Francia y su principal fuente de ingresos coloniales: los otros grandes poderes internacionales del momento no podían dejar pasar la posibilidad de aprovechar el nuevo conflicto esclavista y hacerse con ella. El botín era demasiado tentador, y la Francia Revolucionaria había enfurecido y atemorizado a una Europa firmemente anclada en el Antiguo Régimen.

Así, la Revolución Haitiana se convirtió desde un primer momento en un conflicto internacional. Tanto los españoles como los británicos entraron en la isla de la Española buscando entrometerse en la revuelta y sacar algo de provecho. El resultado fue la creación de cinco bandos principales: los esclavos, los blancos, los mulatos, los españoles y los británicos. La división entre aquéllos fieles a la Corona y aquéllos fieles a la Revolución Francesa no haría sino complicar incluso más las cosas.

El resultado de todo esto fue un panorama político en cambio constante y una guerra en la que todos cambiaban de bando según lo necesario. Es aquí donde otra de las coincidencias extraordinarias que facilitaron la Revolución Haitiana cobra protagonismo: el liderazgo del bando de ex-esclavos rebeldes acabó por caer en la figura de Toussaint L'Ouverture, figura que en tiempos de personajes como Simón Bolívar o Napoleón Bonaparte se consideraba uno de los mejores estrategas de la historia, y con razón.

La combinación de factores internacionales —que trajeron armas, conocimientos y alimentos a la isla, todos ellos necesarios para lograr la victoria— y un liderazgo fuerte fueron fundamentales para el fin de la esclavitud. En un conflicto en el que los intereses propios marcaban el bando de cada uno, Toussaint se mantuvo firme: sólo se aliaría con el bando que abogara por la abolición de la esclavitud y la protección de los ex-esclavos. En un principio esto implicó el declararse aliados de la corona y unirse al bando de los españoles; una vez Francia entendió que el ejército esclavo era un poder a temer y admitieron el fin de la esclavitud, implicó un cambio de bando y la expulsión de los españoles de la isla.

Fue una guerra larga y difícil. Tras la lucha contra los blancos y los españoles, la revuelta fue aceptada, pero ahora quedaba lidiar con conflictos internos: guerras civiles contra los mulatos del sur, revueltas internas y problemas con los representantes enviados desde Francia. Los grandes blancos, dueños de tierras y esclavos antes de la revuelta, nunca olvidaron ni su racismo ni el poder que habían tenido antes; el mantenimiento de la isla se convirtió en un proceso delicado, casi clínico, equilibrando fuerzas opuestas y tensiones raciales y sociales para mantener Saint Domingue activa y comenzar la recuperación económica. Quedaba aún echar a los británicos. Una vez los británicos fueron expulsados y la isla quedó unificada, llegó Napoleón Bonaparte y su intento de reinstaurar la esclavitud, volviendo a la guerra, esta vez con vertiente independentista. Toussaint cayó, Dessalines se alzó como emperador, y Saint Domingue se transformó en Haití.

Pero durante todo este proceso, tortuoso como pudo llegar a ser, la idea de la igualdad de todos los hombres desde su nacimiento se erigió como el pilar alrededor del cual la misma identidad de Haití como nación fue construida. En un mundo en el que se alegaba que los esclavos negros no tenían alma para poder justificar su trato inhumano y su comercio como si de cosas se tratase, la Revolución Haitiana demostraba que esta idea era, fundamentalmente, falsa.

Porque de todos los bandos que participaron en el conflicto, los únicos que realmente salieron vencedores fueron los ex-esclavos. También sufrieron pérdidas, así es la guerra, pero no cabe duda de que se enfrentaron a tres de las mayores potencias del mundo entero, siendo poco más que esclavos sin educación que nunca habían cogido un arma antes, y vencieron. Acabada la guerra, Napoleón Bonaparte, que aterrorizó al mundo, intentó enfrentarse a ellos otra vez y arrebatárles la libertad —y los esclavos se alzaron con la victoria una vez más.

No podía existir mayor prueba de la falta de superioridad del hombre blanco, cuando un mismo ejército formado mayormente por negros sin entrenamiento formal fue capaz de resistir a fuerzas de índole mundial y salir victoriosos. La narrativa filosófica, sociológica y legal de la época se vio completamente destrozada por estos sucesos.

Pero, por supuesto, hubo resistencia.

La lucha por la igualdad ha marcado la historia de la humanidad desde sus mismos inicios. La Revolución Francesa —con su negación de la virtud de la democracia— y la independencia de los Estados Unidos —con sus ideas sobre el autogobierno y la percepción del “otro”— son a menudo citados como puntos de inflexión en la evolución del constitucionalismo hasta el estado en el que se encuentra hoy en día.

Sin embargo, ninguno de estos dos sucesos logró alcanzar todo su potencial. La Constitución estadounidense hablaba de “nosotros el pueblo”, pero seguía manteniendo esclavos. La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano marcaba que “todos los hombres son iguales”, pero no se aplicaba en las colonias para que no interferir con los beneficios que éstas traían. La evolución del Derecho hacia una retórica de igualdad y justicia para todos los hombres era una herramienta, una forma de dar peso a argumentos que buscaban la modernidad y el progreso, sí, pero siempre dentro de unos límites marcados (a menudo) por los intereses económicos de las élites del momento.

Pero la Revolución Haitiana es orquestada y llevada a cabo, no por élites que buscan afianzar su poder, sino por un sector de la sociedad que no tiene nada. Si la idea de la igualdad del hombre cobró fuerza a partir de 1791, fue gracias a Haití. Fue una revolución que luchó por ideales humanitarios y nunca dejó de perseguirlos, que no se basaba en la búsqueda de mayores beneficios sino en la simple ansia de libertad.

El mundo percibió esto y reaccionó de manera acorde: con negaciones o con ignorancia. Estados Unidos, que decidió mantener la esclavitud una vez lograda la independencia, se negó a reconocer a Haití como una nación independiente hasta 1862. Francia intentó reconquistar Saint Domingue y traer de vuelta la esclavitud, y sólo accedió a aceptar la abolición una vez Toussaint y los esclavos rebeldes forzaron su mano y no les dieron otra alternativa. América Latina observó a Haití con una mezcla de miedo y reverencia: los esclavos veían la Revolución Haitiana como un símbolo de esperanza, mientras que los esclavistas lo veían como una amenaza. Simón Bolívar empleó ayuda haitiana para liberar Nueva Granada y Venezuela, pero su relación con la nación acabaría por enfriarse.

Cambios tan drásticos como lo pueden ser la total y absoluta abolición de la esclavitud no pueden ocurrir de la noche a la mañana. El sistema esclavista estaba demasiado integrado, demasiado internalizado tanto por la sociedad como por la ley —eliminarlo, para muchos, simplemente no era una posibilidad. La economía de la gran mayoría de los grandes imperios del momento se basaba en la esclavitud; no era tanto un sistema como una forma de vida. Romper este molde requería una fuerza demoledora.

Y ésta fue la principal consecuencia de la Revolución de Haití. Estados Unidos no la reconoció, Francia intentó aplacarla, Bolívar acabó por dejar de verse a sí mismo como un aliado de los haitianos —pero lo ocurrido en Saint Domingue nunca abandonó la mente de los esclavistas. El intento continuo de acallar lo ocurrido en la Revolución Haitiana (intento que tuvo relativo éxito; aun hoy en día no suele citarse a la vez que

las Revoluciones Francesa y Americana, a pesar de tener tanta trascendencia histórica como esas dos) implicó una racionalización consciente de lo que había ocurrido, y un miedo constante a que los sucesos de Saint Domingue se traspasaran al resto del mundo.

Saint Domingue, en otras palabras, plantó la semilla que acabaría por germinar en la abolición de la esclavitud. Hoy en día, la trata de personas está prohibida a nivel internacional y la libertad y la igualdad son citadas como derechos humanos y fundamentales por las Naciones Unidas —pero para llegar hasta aquí hacia falta dar un primer paso. Un primer paso que, por definición, sería demonizado por la sociedad del momento por consistir en un cambio demasiado radical. La abolición total de la esclavitud implicaba una desaparición virtual del panorama internacional.

Pero la Revolución Haitiana fue luchada por esclavos que no tenían nada. Les daba igual qué podían perder al desafiar a la sociedad de esta manera, porque lo que podían ganar a cambio —la libertad— era mucho más valioso. Así que los esclavos de Saint Domingue se atrevieron a dar este primer paso. Rompieron el molde de la esclavitud como sistema inseparable de la sociedad moderna y acallaron toda duda racional sobre la superioridad del hombre blanco. No acabaron con el racismo, pero demostraron que era una filosofía completamente equivocada.

Y una vez este molde fue roto, no había forma de reconstruirlo. Por mucho que el progreso se intentara ralentizar, era imposible pararlo —y así llegamos al constitucionalismo de hoy en día.

La Revolución Haitiana fue pionera en la concepción de los Derechos Humanos, pero lo hizo a nivel práctico. Su lucha no consistió en una declaración escrita en la que se defendían los derechos del hombre, sino en un conflicto abierto por alcanzar y mantener estos mismos derechos de manera puramente práctica. Donde la Revolución Francesa acabó con la aristocracia de sangre, la Revolución Haitiana acabó con la aristocracia

de piel. Si en el mundo moderno existe al menos una concepción teórica clara de en qué consiste, exactamente, la igualdad de todas las personas, se lo debemos a los esclavos haitianos.

4. GLOSARIO

Cimarrones: Esclavos que, tras ser traídos a las colonias a la fuerza, no aceptaban su condición de simple propiedad y huían de sus amos.

Code noir: “Código Negro”; ley promulgada por el rey francés Luis XIV en 1685 que regulaba las condiciones de los esclavos en las colonias francesas.

Colono: Europeos que habitaban o administraban propiedades en las colonias americanas. En Haití, el término se empleaba sobre todo para referirse a los *grand blancs*.

Criollo (lengua): Idioma empleado mayormente por los esclavos de las colonias americanas; el apelativo “lengua criolla” se refiere a aquellos lenguajes formados de la mezcla entre dos o más idiomas, surgidos al convivir dos colectivos que no comparten un idioma (esclavos y colonos) que se ven forzados a crear uno nuevo, que incluye elementos de las lenguas habladas por todos los habitantes del lugar.

Criollo (persona): Nombre que recibían aquellas personas nacidas en las Américas de padres europeos, no indígenas.

Grands blancs: “Grandes blancos”. En Haití, colonos ricos que poseían fortunas, tierras, o negocios prósperos de cualquier tipo.

Manumisos: Esclavos que habían sido liberados por sus amos.

Mulatos: Aquéllos de ascendencia mixta, con antepasados blancos y negros. En Haití eran libres, si bien no gozaban de los mismos derechos que los blancos, fueran estos *petit blancs* or *grand blancs*.

Petit blancs: “Pequeños blancos”. En Haití, cualquier persona blanca que no alcanzara el estatus de *grand blanc*.

Saint-Domingue: Nombre de la colonia francesa situada en la parte occidental de la isla de la Española. Fue aquí donde se produjo la llamada Revolución Haitiana.

5. BIBLIOGRAFÍA

BONHAM, C. Richardson. *The Caribbean in the Wider World, 1492–1992 A Regional Geography*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992. ISBN: 9780521359771.

CENSER, Jack Richard; HUNT, Lynn Avery (2001). *Liberty, Equality, Fraternity: Exploring the French Revolution*. State College: Penn State University Press, 2001. ISBN: 9780312415013.

FICK, Carolyn, E. *The Making of Haiti: The Saint-Domingue Revolution from Below*. Knoxville: University of Tennessee Press, 1990. ISBN: 9780870496677.

GARAY MONTAÑEZ, Nilda. “La Revolución Haitiana en los Inicios del Constitucionalismo: La Cuestión de la Raza y el Sujeto Jurídico y Político” en *Historia Constitucional* [en línea]. 2014, nº 15, pp. 279-310. [Consultado: 24 febrero 2018]
<http://www.historiaconstitucional.com/index.php/historiaconstitucional/article/view/405>

GEGGUS, David Patrick. *Arming Slaves: From Classical Times to the Modern Age*. MORGAN, Philip D. (ed.); BROWN, Christopher Leslie (ed.). New Haven: Yale University Press, 2006. ISBN: 9780300109009.

GEGGUS, David Patrick. *Slavery, War and Revolution: The British Occupation of Saint Domingue, 1793-1798*. Oxford: Clarendon Press, 1982. ISBN: 9780198226345.

GREENE, Jack P. *The Constitutional Origins of the American Revolution*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010. ISBN: 9780521132305.

HOBBSAWM, Eric. *La Era de la Revolución 1789-1848*. Barcelona: Crítica, 2012. ISBN: 9788498921885.

MARTÍNEZ PERIA, J.F. “Entre el terror y la solidaridad: La influencia de la revolución haitiana en las independencias de Venezuela y Nueva Granada (1804-1825)” en *Anuario del Instituto de Historia Argentina* [en línea]. 2016, vol. 16, nº1: e006

[Consultado: 17 Marzo 2018].

<http://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/IHAV16n1a06>

MATTHEWSON, Tim. “Jefferson and the Nonrecognition of Haiti” en *Proceedings of the American Philosophical Society* [en línea], 1996, vol. 140, n° 1. [Consultado: 9 marzo 2018]. www.jstor.org/stable/987274

MATTHEWSON, Tim. *A Pro-Slavery Foreign Policy: Haitian-American Relations During the Early Republic*. Westport, Conneticut y Londres: Praeger, 2003. ISBN: 9780275980023.

NAGEL, Paul C. *John Quincy Adams: A Public Life, a Private Life*. Harvard: Harvard University Press, 1999. ISBN: 9780674479401.

NESBITT, Nick. “The Idea of 1804” en *Yale French Studies. The Haiti Issue: 1804 and Nineteenth-Century French Studies* [en línea]. 2005, n° 107: pp.6-38. [Consultado: 11 Marzo 2018]. <http://www.jstor.org/stable/4149310>

OHLIN, Howard. “Slavery, Economics and Congressional Politics” en 1790. *Journal of Southern History* [en línea], 1980, n° 46, pp. 335-360. [Consultado: 9 marzo 2018]. www.jstor.org/stable/2207249

PETERSON, Merrill. *Thomas Jefferson and the New Nation: A biography*. Oxford: Oxford University Press, 1987. ISBN: 9780195019094.

PLUCHON, Pierre. *Toussaint Louverture*. París: Fayard, 1989. ISBN: 9782213023380.

ROGOZINSKI, Jan. *A Brief History of the Caribbean: from the Arawak and the Carib to the Present (Revised ed.)*. New York: Facts on File, 1999. ISBN: 9780816038114.

SALA-MOLINS, Louis; *Le Code Noir ou le calvaire de Canaan Broché*. 5° edición, París. Presses Universitaires de France – PUF, 2011. ISBN: 9782130583363

SOLÉ, Jacques. *Las Revoluciones de fin del Siglo XVIII en América y en Europa*. Ciudad de México: Siglo XXI, México, 2008. ISBN: 9789682327506.

STEIN, Robert Louis. *Légère Félicité Sonthonax: The Lost Sentinel of the Republic*. Londres: Fairleigh Dickinson University Press, 1985. ISBN: 9780838632185.

VALERA SUANZES-CARPEGA, Joaquín. “Política y Constitución en la historia británica y estadounidense. Entrevista al Profesor Maurice Vile” en *Historia Constitucional* [en línea]. 2009, n° 10, pp. 535-558. [Consultado: 24 febrero 2018].

<http://www.historiaconstitucional.com/index.php/historiaconstitucional/article/view/248/219>

WALLERSTEIN, Immanuel. *El moderno sistema mundial III. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850*. Madrid: Siglo XXI, 1999. ISBN: 9788432318597.